



Telaraña

MAURICIO
MOLINA



TEXTOS DE DIFUSIÓN CULTURAL • UNAM

Telaraña



Telaraña

**MAURICIO
MOLINA**

Textos de Difusión Cultural
Serie Rayuela
(nueva época)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura
México, 2008

Este libro alcanzó su forma definitiva gracias al apoyo del Sistema Nacional de Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

Diseño de portada: Ofelia Ayuso Audry
Grabado en portada: Humberto Valdez, *Soliloquio* (xilografía, 2003).

Primera edición: 2008

D.R. © Mauricio Molina

D.R. © 2008 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
04510, México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

ISBN: 978-607-2-00212-8

ISBN de la serie: 968-36-3762-0

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

Para Leda Rendón Trocherie

El Mundo sólo existe por el Secreto
EL ZOHAR

DÉJÀ VU

A José Gordon

...y aquél era el propósito del experimento: enviar emisarios en el tiempo con el fin de pedir ayuda al pasado y al futuro para el rescate del presente.

CHRIS MARKER: LA JETÉE

A veces nos detenemos a la orilla de la eternidad sin saberlo. A mí me sucedió una madrugada lluviosa en una cafetería. Debían ser más de las tres de la mañana. Había llegado ahí por casualidad, ya que nunca acudía a esos deprimentes restaurantes que permanecían abiertos durante toda la noche, de muebles tapizados en colores exaltados y potentes luces dispuestas ahí para espantar vampiros y turbias intenciones. Esos lugares, frecuentados por ancianas que padecen insomnio, empleados que tratan de bajarse la borrachera a golpes de café, grupos de Alcohólicos Anónimos o muchachos que comienzan a descubrir los misterios de la noche, siempre me habían provocado una sensación de soledad sórdida y sin escapatoria, un atisbo del purgatorio. Sin embargo, aquella noche llovía estrepitosamente sobre la ciudad y venía llegando de un viaje largo y muy cansado, así que resolví detenerme a tomar algo caliente antes de llegar a casa.

Al cabo de unos minutos, mientras escuchaba el tintineo de las cucharas, las voces de los comensales, los pasos cansinos de las meseras vestidas de blanco que recordaban enfermeras, noté que un hombre de rostro vagamente familiar me observaba con insistencia. Vestía una gabardina raída y de su cuello colgaba una corbatita negra muy delgada, como

de empleado de funeraria. Cuando se acercó a mi mesa, con la intención de conversar, un vago presentimiento de haber vivido aquella misma situación en otras ocasiones se apoderó de mí de una manera tan intensa, que de pronto fue como si estuviera en un sueño repetido.

—¿Puedo sentarme? Es preciso que hablemos —dijo el desconocido en un tono que sonaba de manera tan imperativa que no pude sino ponerle atención.

—Lo escucho —respondí al tiempo que inclinaba la cabeza invitando al sujeto a sentarse—. ¿De dónde lo conozco?

—Usted todavía no me conoce —respondió el otro esbozando una leve, casi irónica sonrisa—. En este preciso instante, en el lugar de donde vengo, usted se está muriendo.

—No comprendo... —“debe de ser un loco”, recuerdo que pensé.

Me asaltó de repente el impulso de dejar un billete sobre la mesa y salir corriendo, pero algo, nunca supe qué, me contuvo.

—Vengo del futuro —continuó hablando de manera natural, como si estuviera conversando acerca del clima—. En este momento, aquí, en este lugar, usted no es más que un recuerdo...

—Esto es una broma o qué... —contesté desconcertado.

—No —dijo el hombre tajante—. Esto es muy serio.

Su rostro cambió por completo. Por su apariencia, el desconocido podía ser un vendedor de biblias o de seguros de vida, de esos que dicen traer un mensaje muy importante sólo para ti. Bien visto, era un ser realmente inofensivo: bajito, delgado, de rostro carcomido. Sin embargo, temeroso de alguna reacción inesperada si lo rechazaba, lo dejé continuar. Me repugnaba como una araña a punto de escaparse de una botella.

—Es preciso que entienda que no vine a cambiar su vida ni a transformar en modo alguno su destino —era como si

me estuviera leyendo el pensamiento—, pero su última voluntad, poco antes de entrar en coma, fue que viniera a verlo y le dijera que usted, ahora, en este preciso momento, no es más que un recuerdo.

Yo lo miré de un modo tan desconcertante que el extraño me tocó el brazo como para tranquilizarme. El contacto con aquella mano cetrina, pequeña, casi infantil, me provocó un súbito desasosiego, un escalofrío, como si de algún modo aquella presencia no debiera estar ahí.

—Intentaré explicarme —prosiguió al tiempo que encendía un cigarrillo y aspiraba la primera bocanada con fruición—. ¡Ah... estas cosas no se permiten en el hospital...! A veces los más pequeños placeres son lo único que recordamos.

Hurgó en los bolsillos interiores de la gabardina hasta que sacó un papel cuidadosamente doblado.

—Usted me pidió que le entregara esto.

Extendí el papel. Inexplicablemente reconocí, en aquellos garabatos, mi propia letra. Leí entre dientes:

Nada nos impide pensar que sólo somos recuerdos. Alguien, más allá del tiempo, recuerda minuciosamente cada uno de nuestros actos, y éstos, suponemos, conforman nuestra vida actual. He pensado en esta hipótesis en apariencia trasnochada y he llegado a la conclusión de que no soy sino vaga memoria. Mi presente, el presente, es ilusorio y su naturaleza se escapa a cada instante. Si recupero un fragmento de mi infancia, si de pronto se aparece en mi memoria una imagen de mi pasado, de alguna forma la estoy volviendo a vivir. Basta con rememorar un solo acontecimiento para que todo vuelva a suceder puntualmente. Hoy soy sólo memoria y mis acciones son tan definitivas como lo fueron los hechos del pasado. Un día recordaré las frases que hoy escribo, un día volveré a leerlas y recordaré el estupor, la humillación que ahora siento al darme cuenta de que soy sólo recuerdo... Nada ha sido: el pasado, como el futuro, se adivinan.

Todo a mi alrededor parecía difuminarse, disolverse lentamente, como un filme a punto de quemarse en un cine vacío.

—No entiendo —me quedé pensando unos segundos hasta que acerté a formular una pregunta—: si yo soy sólo un recuerdo y si esto no es real, ¿cómo es que usted está aquí?

—Yo también soy el recuerdo de alguien que rememora nuestro encuentro. Usted mismo lo escribió en ese papelito: a veces nos es dado cambiar un evento de nuestro pasado, modificarlo. Ahora mismo, por ejemplo, dentro de muchos años, estoy en la misma habitación de hospital en la que usted se encuentra conectado a un aparato que lo mantiene con vida, concentrándome, recordándome tal y como era en el pasado, más o menos por estas fechas, buscando un posible encuentro y sólo he podido dar con usted, amigo mío, en esta cafetería, a estas horas de la madrugada, en este islote solitario del tiempo. En el intrincado laberinto de los días pasados y por venir, usted y yo sólo podíamos coincidir hoy, aquí, a estas horas... o en el futuro, cuando ya será demasiado tarde.

Lo miré con desconfianza y casi con espanto.

—Todo esto es parte de un experimento —prosiguió con un tono que trataba de ser tranquilizador y que en realidad se volvía cada vez más inquietante—. Usted y yo, en el futuro, hemos logrado sumergirnos en nuestra memoria, accediendo a instantes perdidos, tratando de recuperar un poco de lo que hemos dejado atrás para siempre, como este cigarrillo, o el sabor del café: placeres que ya nos han sido vedados. Entre todos los avatares posibles de nuestra existencia, éste era el único momento en que podíamos encontrarnos... —guardó silencio unos segundos y continuó hablando de manera hipnótica—. Dentro de unos meses sucederán cosas muy importantes en su vida, cosas tan trascendentales, que toda esta conversación será olvidada. Será como si nunca hubiese sucedido esta noche.

—Pero entonces, ¿qué caso tiene todo esto?

—Esto es sólo un ensayo, se lo repito. Quería hacer contacto, eso es todo. Digamos que usted ha hecho lo mismo por mí y que yo le debo este encuentro. Si usted ahora, en el recuerdo, no me cree, es su problema —fumó una larga y profunda bocanada de su cigarro y prosiguió—. Esa mujer en la que tanto piensa ahora, Soledad... no debe dejarla ir: con ella está el futuro que puede cambiar.

Un escalofrío intenso recorrió mi espalda al escuchar el nombre de una mujer de la que estaba irremediablemente enamorado y que no podía quitarme de la cabeza. Habíamos tenido algunos encuentros y presentía en ella un vago interés en mi persona. Sabía de memoria su teléfono, pero el miedo al rechazo me impedía llamarla.

—No desperdicie así su vida —me dijo el extraño en tono tranquilizador—. Lo que pierda ahora reaparecerá dentro de muchos años bajo la forma de la nostalgia, de lo que nunca fue, sólo para decirle que perdió el tiempo de una manera miserable y que terminó por arruinar su vida. La decisión que tomó usted... perdón... que está a punto de tomar: quedarse solo, no hacer esa llamada, no lo llevará a nada bueno. Dentro de unos años se arrepentirá, pero ya habrá sido demasiado tarde. Le esperan días transiberianos, continuas inmersiones en el caos del alcohol, la soledad del solterón impenitente, las drogas. La secuencia de acontecimientos que se desatará a partir de la decisión de no llamar a esa mujer lo conducirá a un destino terrible. Omito los detalles porque espero que nada de lo que sé que le ha pasado llegue nunca a sucederle, que usted y yo no volvamos a encontrarnos, que nunca exista ese fragmento del futuro donde dos ancianos intentan cambiar sus vidas en un hospital deprimente sintiendo la nostalgia de lo que nunca fue.

—Pero si usted puede venir a decirme esto —intenté razonar—, ¿por qué no puedo venir a decírmelo yo mismo?

—Porque, le repito, usted ha entrado en coma. Ahora mismo se encuentra en el ala de los enfermos terminales. Su mente ya está demasiado lejos como para aventurarse en el pasado. Le repito: yo sólo le estoy pagando un favor. Gracias a usted mi vida ha cambiado por completo.

Guardamos silencio unos instantes. El extraño apagó su cigarrillo en el cenicero y después de ver la hora en su reloj pulsera, se incorporó lentamente, se alisó el cuello de la gabardina, hizo un gesto de despedida y desapareció tras la puerta del café bajo la lluvia de la madrugada.

Las cosas a mi alrededor: las tazas, los platos, los otros comensales, las meseras, la calle afuera, adquirieron una extraña cualidad casi fantasmal. De pronto pensé que la ciudad, el mundo mismo, no eran sino el recuerdo de miles, millones de personas que echan a andar el presente. Ser un recuerdo, un evento que ha ocurrido en el pasado, me pareció tan desconcertante como ser un sueño, un fantasma, una ilusión.

En aquel preciso instante estaba atrapado en un recuerdo increíblemente detallado: podía ver el lunar en el cuello de la mesera, o las venas azulosas que comenzaban a insinuarse en el dorso de mi mano, o las gotas de la lluvia que brillaban en el ventanal del café y que eran una especie de firmamento en miniatura. Yo mismo no era sino apenas unas cuantas moléculas atrapadas en la memoria de un anciano moribundo.

Al salir de ahí la noche era infinita y densa. A esas horas la ciudad estaba en ruinas. Cuando llegué a mi departamento encontré la cama revuelta, los libros tirados en el piso. Sobre la mesa había un plato repleto de colillas, una taza de café tibio y media botella de whisky. La cama estaba revuelta, el teléfono, descolgado, emitía lejanos zumbidos

de insecto. Llamé en voz alta, con la angustia de quien pregunta por un fantasma. No había más que polvo acumulado. Nadie. De pronto sentí que el vacío flotaba a mi alrededor. Me sentí observado. En la penumbra de una de las habitaciones me encontré con un hombre de cabellos revueltos y mirada enloquecida. Traté de sofocar un gemido de angustia. Era un espejo. Todo comenzó a girar a mi alrededor... luego me desvanecí y caí al piso.

Desperté horas después con todos los síntomas de una profunda resaca. Volví a leer el papelito que me había dado el extraño. Repetí la última frase proveniente de un futuro que no podía permitir que sucediera: *Nada ha sido: el pasado, como el futuro, se adivinan...* Lo rompí en minuciosos pedacitos y les prendí fuego en el cenicero. Miré las calles muertas del amanecer, las calles desvanecidas y huecas, las calles sin nadie, naturalezas muertas... A lo lejos, emergiendo entre los volcanes, el sol iba saliendo como un párpado que se abre lentamente. Tomé el teléfono, marqué el número con manos temblorosas. Una voz adormecida me contestó al otro lado de la línea. Era Soledad.

Mientras la escuchaba sonreí al ver cómo ardían lentamente los restos de la carta que había recibido del futuro.

LA BRUJA Y EL ALQUIMISTA

Cuando le sacaron a la niña del cuerpo a Magdalena, después de un trabajo de parto de varias horas, dicen que una de las enfermeras se desmayó y que otra de ellas salió gritando de la sala y no se le volvió a ver en el hospital. Magdalena entró en coma casi al mismo tiempo y no hubo forma de traerla a la vida. Se quedó conectada de manera indefinida a la espera del misericordioso diagnóstico de muerte cerebral. El médico, de inmediato, hizo enviar a la recién nacida a una incubadora aislada. No se permitió que nadie la viera. Gerardo, el padre de la criatura, se quedó a medio camino entre el estupor de la muerte de su esposa —apenas llevaban tres años de casados— y la sorpresa terrible de haber tenido una hija monstruosa. Durante días se negó a verla o siquiera a acercarse a ella.

Gerardo era mi amigo. Habíamos estudiado ciencias políticas en la universidad. Era un hombre muy brillante, el mejor de la clase y de nuestra generación. Doctorado en Harvard antes de los treinta, tenía todas las cualidades para lanzarse a los puestos más altos. Conocedor minucioso de las menudencias de la política nacional, experto en cabildeos y negociaciones secretas, muy pronto se afilió a un partido político muy importante (mejor no mencionarlo porque sospecho que el asunto de su hija está relacionado con esto) y fue ahí donde conoció a Magdalena, una mujer extremadamente inteligente que había estudiado matemáticas y era un genio de las estadísticas, las progresiones y las pre-

dicciones electorales. Podía prever, con una exactitud casi mágica, qué partido político ganaría en una región específica a partir de encuestas de muy bajo perfil y de un relieve poco claro. Lo suyo era intuición matemática pura, valga aquí el oxímoron.

Magdalena y Gerardo se conocieron durante las campañas presidenciales y a partir del flechazo inicial no volvieron a separarse. Asesores del candidato y con un futuro abierto a todas las posibilidades, eran la pareja perfecta. En los círculos íntimos del poder se les conocía como "la Bruja y el Alquimista". Unos meses después del triunfo del presidente se casaron en una ceremonia discreta reservada sólo para unos cuantos amigos. Fue en esa ocasión cuando volví a ver a Gerardo después de los años universitarios. Yo estaba en contra del partido en el poder. Me había dedicado al periodismo y a la crítica y me mantenía al margen de la política partidista, porque consideraba —y lo sigo pensando— que la democracia es algo tan frágil que basta un funcionario corrupto, un ligero error en el sistema, para que todo se convierta en una inmensa farsa. La democracia es una entelequia, "un error de las estadísticas", como decía Borges. Por supuesto que en mis ensayos políticos y columnas periodísticas jamás me atrevería a hacer una aseveración de este tipo, ya que se me consideraría un reaccionario, un comunista, un fascista, o todo al mismo tiempo, y además no tendría de qué alimentarme.

Pero volviendo a Gerardo y Magdalena recuerdo que los vi felices y en ascenso. En algún lado debo tener la foto de la pareja: ella menuda, sólida, de ojos verdes que evidenciaban sus orígenes mediterráneos. Magdalena era nieta de exiliados anarquistas de la guerra civil española, de esos que se juntaban en los cafés del centro de la ciudad para afirmar a gritos, entre el humo de los habanos, el vino barato y la paella, que los comunistas habían sido aliados secretos del

generalísimo Francisco Franco. Su segundo nombre, como corresponde a una nieta de anarquistas —esos ancestros olvidados de la generación *hippie*— era Armonía. Adicta a los juegos de barajas, al tarot y a la astrología, en las reuniones le gustaba decir que por parte de su madre provenía de una larga estirpe de hechiceras andaluzas. Gerardo, por su parte era moreno, de estatura media, ejemplar típico de la raza de bronce cuyos antepasados habían comido hongos sagrados, saltamontes, tlayudas y armadillo en mole negro, como Porfirio Díaz, Andrés Henestrosa y Francisco Toledo, oaxaqueños canónicos.

No volví a ver a Gerardo hasta que unos meses después del nacimiento de su hija me invitó a comer. Nos vimos en un apartado restorán, casi una fonda, en el norte de la ciudad. Estaba totalmente cambiado, una verdadera metamorfosis. Parecía veinte años más viejo, la cabeza cubierta por una pelusa rala y cenicienta, los lentes bifocales colgándole de la nariz, la mirada opaca. Pensé en la mueca árida de los criminales fracasados y de las prostitutas en decadencia. Había algo morbosamente femenino en él, como si con el tiempo se hubiera ido convirtiendo en un andrógino maltrecho. Nada que ver con mis amigos homosexuales, gozosamente sanos y plenos de vida. La mutación de Gerardo era otra cosa, algo que tenía que ver con su interior. De creer en la existencia del alma diría que ésta se le había salido del cuerpo y que una cosa muy distinta lo habitaba. Gerardo ya no era la persona que había conocido.

Me contó que se había retirado de la política y se había encerrado a vivir con la recién nacida. Magdalena todavía estaba conectada a un aparato, sumergida en un coma profundo.

—Es un monstruo, Pepe... un monstruo... dijo apenas al segundo trago.

Los rumores eran ciertos: la niña había nacido mal. Pero de ahí a que una persona educada como Gerardo la

llamara un monstruo... Lo dejé desahogarse durante un rato. Después le pregunté si era un síndrome, una malformación, algún defecto genético, pero sus respuestas eran vagas o evasivas. Entre las frases que puedo entresacar de aquel monólogo desvariante recuerdo "ojos espantosos", "parece un garabato", "no tiene forma". Yo le pregunté si no se habían hecho estudios ginecológicos, tomografías, pruebas de líquido amniótico.

—Magdalena no quería. Se metió en uno de esos grupos de parto psicoprofiláctico, quería que todo fuera natural.

—Pero, Gerardo —respondí—, Magdalena ya no era una mujer joven...

—Magdalena no quiso hacerse nada. Era su última oportunidad para tener un hijo y ahora me doy cuenta de que hizo todo para tenerlo a como diera lugar.

En ese momento rompió a llorar. Después de recomponerse me dijo a quemarropa:

—Quise verte porque sé que eres un cínico y un hombre sin escrúpulos.

Me quedé pasmado al escuchar aquellas palabras de quien había sido el mejor de mis amigos. Era la única persona a quien le podría tolerar aquel insulto. Además, su desesperación evidente me contuvo para responderle o para largarme en ese momento. Él y Magdalena habían sido los cínicos al sumarse a la campaña del candidato. Él y Magdalena habían elaborado la estrategia política del presidente a partir de los números y las estadísticas. Él y Magdalena habían ganado millones y tenían una casa en San Ángel, el BMW, los viajes, la casa en una playa de Oaxaca, las canonjías de los allegados al presidente... Yo era sólo un criticastro que no creía en lo que escribía y defendía la democracia sólo como una forma de sacar toda mi rabia y descontento contra el régimen.

—Te tolero esas palabras por la situación que estás pasando. De otro modo te rompería la cara aquí mismo —le dije luego de pensar unos segundos y pasado el momento de sorpresa.

—No te atreverías a golpear a un moribundo...

Me quedé mirando su cabellera escasa, de un color indefinido que me recordó el pelo de ángel, una especie de fibra muy fina que se le ponía a los árboles de Navidad en mi infancia.

—Sí, Pepe. Estoy enfermo. Me estoy muriendo. Tengo los días contados. Pero eso que salió del cuerpo de Magdalena no puede vivir. Lo que quiero que hagas por mí, por tu mejor amigo de la universidad, es que la mates.

¿Matar a quién? Magdalena estaba conectada a un aparato. Evidentemente se refería a la bebé. Lo miré con cara de "estás loco de remate". Pero sus ojos permanecieron impasibles, clavados como dos dagas en los míos. Desvié la vista por instinto. Hablaba en serio. Quería que yo matara a su propia hija de unos meses de nacida. Me ofreció una suma que sonaba estratosférica incluso en dólares. Supuse que había perdido la razón.

—Con ese dinero te podrías largar del país o comprarte lo que quieras... una esposa, una casa y dejar de escribir estupideces en los periódicos.

El medio tono que usaba para hablar, de una especie de calma intransigente, me asustó aún más que su mirada seca, fría, de una persona que ha perdido ya todo vestigio humano. Recordé algo que sabían Daumier y todos los caricaturistas de la política y que yo había aprendido por mi contacto con los círculos de poder: que muchos funcionarios adquirirían una cualidad animal, a veces infrahumana, a veces extrahumana, que los convertía en maniquíes, en máquinas animadas perfectamente maquilladas, o en ratas, leones, bulldogs, armadillos o iguanas parlantes. La defini-

ción aristotélica de *zoon politikon*, animal político, se aplicaba aquí de una manera contundente y literal.

—Piénsalo un poco, Pepe. Eso que vive en mi casa es un monstruo, algo que no debió de haber nacido nunca. Yo no me atrevo a acercarme siquiera. Las sirvientas salen desparvoridas. Por fortuna conseguí una nana de allá, de mi pueblo, que la alimenta y la cuida. Pero, te repito, nunca debió de haber nacido.

Mientras Gerardo balbuceaba pensé en la cifra que me había ofrecido. La repetí en mi mente varias veces. Era mucho más de lo que ganaría en toda mi vida. Decidí duplicar la cantidad. La mencioné en voz alta. Sin chistar siquiera Gerardo aceptó. Una ligera sonrisa irónica iluminó su rostro como una luz oscura: tenía razón, sí, yo era un hombre sin escrúpulos.

Gerardo tenía todo planeado. Dejaría la puerta de servicio abierta pasada la media noche. Yo simplemente entraría, subiría las escaleras, entraría en la habitación de la bebé y la asfixiaría con una almohada.

—¿Sabes lo que es la muerte de cama?

Lo sabía perfectamente pero lo dejé hablar.

—Hay bebés que simplemente se mueren porque dejan de respirar. Un ser tan pequeño necesita de muy poca presión en el rostro para impedirle la respiración. Un médico se encargará de dar el diagnóstico y dadas las condiciones en que nació la niña no habrá investigación de ningún tipo, ni autopsia, ni nada. La enviaré al crematorio y basta. Luego podré morir en paz.

Se despidió de mí asegurándome que al otro día me enviaría un estado de cuenta bancaria a mi nombre con la cantidad estipulada. Una vez realizado el encargo me daría un número y una tarjeta y entonces podría disponer del dinero. Luego se levantó y salió del restorán. Afuera lo es-

peraba un hombre alto, bien vestido, un guardaespaldas. Subió al BMW y desapareció.

Al otro día el mismo sujeto que hacía de chofer de Gerardo me trajo un estado de cuenta a mi nombre y una nota con instrucciones muy precisas y un croquis de la casa. Había un detalle más: tenía que matar a la niña pasadas las cero horas del 21 de junio. Me quedaban dos días para prepararme. Traté de autoconvencerme: era un trabajo simple, un acto de caridad, simple eutanasia en un país cuyas leyes aún no la permiten. Punto.

La noche del crimen me fui a meter a un bar. Necesitaba alcohol para relajarme. Después de un par de whiskies dieron las diez y media de la noche. Al salir la brisa nocturna me despabiló un poco. Caminé por las calles empedradas de San Ángel durante algún tiempo. Conocía perfectamente la zona y sabía cómo llegar a la casa de Gerardo; sin embargo, acaso por la oscuridad o el alcohol, tardé un tiempo en orientarme. Finalmente di con la casa a eso de las once y media. Decir que estaba aterrorizado sería muy poco para describir el estado en que me encontraba. Tuve que orinar en la calle. No había luna, una luminosidad negra inundaba el ambiente. Me sentía torpe, incapaz de acometer un acto como el que tenía que llevar a cabo.

La casa de Gerardo era típica de la zona. El casco de una hacienda remodelada. Hacía menos de cien años esos lugares no eran sino caballerizas alfombradas de mierda. Había un portón grande por donde entraban los coches y a la vuelta había una pequeña puerta de servicio. Junto a la entrada, recargado contra la pared, encontré dormido a un mendigo. Cuando hice por entrar el sujeto despertó, se incorporó, me miró con espanto y me dijo:

—No entre. Aquí pasan cosas muy raras. Por favor... No entre ahí.

Su tono era suplicante, casi una orden. Una vez que terminó de decir su advertencia, se levantó, cogió sus bultos y se fue a toda prisa.

Ya dentro de la casa me sentí perdido. Un fuerte olor a especias, como de comida recién preparada, inundaba el ambiente. Atravesé un pequeño corredor y di con unas escaleras. Traía conmigo una pequeña lámpara sorda, pero Gerardo me había pedido que no la usara por razones de seguridad. No tardé en orientarme, aunque la voz del mendigo seguía resonando en mi cabeza. Aquí pasan cosas muy raras. Pronto di con las escaleras. Subí cautelosamente en la oscuridad. Provenientes de algún lugar de la casa escuché voces. A medida que subía, éstas fueron desvaneciéndose. Ya en el segundo piso había otro corredor. Según las instrucciones de Gerardo, abrí la tercera puerta. A través de la ventana se colaba la luz mortecina del exterior. Ahí estaba la cuna de la niña. Tropecé con algo lleno de agua. Era una tina. El agua era oscura, casi negra. Algo se agitaba ahí dentro. Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, me llevaron a la cuna. Sentí otras presencias en la habitación. Algo se movía a mi alrededor. El alcohol había hecho su trabajo: estaba anestesiado, concentrado en la misión atroz que se me había encomendado. Mi reloj pulsera emitió una ligera vibración. Ya eran las doce de la noche. Tenía que apresurarme. En el interior de la cuna encontré una pequeña almohada. Palpé entre las cobijas que cubrían el breve cuerpo. Las voces provenientes de algún lado de la casa parecieron subir de tono. Eran una oración, una suerte de lamento. En la penumbra di con el rostro de la bebé, que respiraba trabajosamente. Coloqué la almohada sobre la cabeza y la oprimí contra su rostro haciendo un poco de fuerza. El cuerpecito pareció agitarse, retorcerse un poco. Mantuve la presión durante un tiempo que me pareció enorme. Cinco minutos me parecieron suficientes. Cuando retiré la almohada la bebé había

dejado de respirar. El lamento del exterior iba en aumento. A sabiendas del peligro que corría decidí encender la lámpara sorda e iluminé el pequeño cadáver. Retiré las mantas. La bebé estaba completamente desnuda. Mi sorpresa fue mayúscula: no había nada en ella fuera de lo normal. Era el cuerpo perfecto y hermoso de una niña de unas cuantas semanas de nacida. Una sensación de náusea invadió mi cuerpo. Quería vomitar pero logré controlarme. Con la lámpara encendida iluminé la habitación. Había pentagramas y números pintados en la pared. Algo, un animal, se movió rápidamente por el cuarto. Una especie de rata. Logré arrinconarlo con la luz. Era un armadillo. Luego iluminé lo que pensaba era una tina y resultó ser una olla. Ahí se agitaban ajolotes, tortugas, peces. Finalmente vomité los restos del whisky que me había bebido. Corrí hacia la puerta. Salí a un corredor. Las voces aumentaban de volumen. Decidí, o algo decidió por mí, seguir las. En la penumbra descubrí un haz de luz bajo una puerta. Al abrirla me encontré con un altar en el que se encontraban animales disecados: sapos, una cabeza de cerdo entre crucifijos y pequeñas estatuas de diversos santos y de la muerte misma rodeados de veladoras encendidas. Las voces iban *in crescendo*. Llegué a una especie de barandal y me asomé. Lo que vi me provocó un horror sagrado. Ahí abajo una mujer de rasgos indígenas rezaba hincada frente a un crucifijo invertido. La figura de Cristo había sido sustituida por la de una mujer con los senos erectos y las caderas sinuosas. A su espalda, rodeada por las otras sombras, estaba el cuerpo de Magdalena conectado al aparato que le daba vida. Había otras sombras encapuchadas que rezaban.

- Del falso dios del fundamento y del origen...
- Líbranos señora.
- De las sagradas escrituras dictadas por el diablo...
- Líbranos señora.

—De la cárcel del cuerpo y del espíritu...

—Líbranos señora.

—Vuévela a la vida, diosa desconocida, vuévela a la vida, diosa prohibida, despierta en ella la chispa de tu cuerpo, vuévela a la vida...

Entre las voces reconocí la de Gerardo. No tardé en verlo. Él era quien presidía la ceremonia. Después de terminar los rezos todos se despojaron de sus ropas. Sólo me quedan imágenes dispersas de lo que vino después. Gerardo sodomizaba a un muchachito de no más de trece años. La anciana que dirigía los rezos acariciaba el sexo de una mujer muy joven. Otras parejas se habían entrelazado para copular. El electrocardiograma de Magdalena comenzó a sonar cada vez más rápidamente. Al cabo de un tiempo vi cómo Magdalena se contorsionaba, agitándose en una convulsión. Luego comenzó a emitir unos gemidos espantosos. Finalmente se arrancó las agujas y la máscara que la conectaban al aparato y se incorporó, completamente desnuda. Miró en todas direcciones, levantó la vista y sus ojos se encontraron con los míos. Un escalofrío intenso se apoderó de mí cuando el dedo de Magdalena me señaló. En ese momento un par de encapuchados me tomaron de los brazos, me levantaron y me hicieron descender a la sala donde se llevaba a cabo la ceremonia. En las paredes había inscritas fórmulas matemáticas, signos indescifrables. El olor a especias iba en aumento. La mujer de rasgos indígenas se incorporó y cuando estuve frente a ella me hizo beber un brebaje espeso y repugnante. Casi de inmediato quedé inmobilizado. Me hicieron recostar en una cama ubicada bajo el barandal desde donde había estado observando. Magdalena se acercó, se puso a horcajadas sobre mi cuerpo totalmente desnudo y ahí mismo comenzó a poseerme. Su cuerpo se agitaba sobre mí al tiempo que los otros rodeaban la cama. Vi el rostro de Gerardo, reconocí a

varios funcionarios con sus esposas. Finalmente me desvanecí bajo el cuerpo de Magdalena.

No sé cuánto tiempo pasó. Desperté en el asiento trasero de un automóvil. El chofer o guardaespaldas de Gerardo conducía. Quise abrir la puerta. El sujeto me gritó:

—Cálmate, cabrón. Te estamos llevando a tu casa.

Junto a mí estaba Gerardo, quien me sostenía del brazo. Estaba muy débil, no podía hacer nada. Al llegar a mi casa me recostaron en mi cama. Gerardo me dijo:

—Ya pasó todo. No viste nada, no ha pasado nada. Te vamos a estar vigilando.

Sentí un piquete en el brazo. Casi de inmediato me quedé dormido. Desperté al anochecer del otro día. Sobre mi mesa de trabajo, junto a la computadora, encontré una tarjeta bancaria y un estado de cuenta con una cifra enorme. En la madrugada me metí a internet. Los periódicos reportaban la muerte repentina de Gerardo y de su hija recién nacida, ocurrida el día anterior. Fuerte depresión, paro cardíaco. Al mismo tiempo se daba la noticia de que Magdalena había salido de un coma profundo cuando ya se habían perdido todas las esperanzas de su recuperación. Cogí la tarjeta. Pedí un taxi. Tenía un poco de dinero en la cartera. Metí mi pasaporte y algunas pertenencias y me dirigí al aeropuerto. Tomé un avión a Puerto Vallarta. Ahí me quedé durante muchos días. Durante mi estancia en el hotel me encontré varias veces al guardaespaldas de Gerardo, pero nunca cruzamos una palabra.

Viajé por Europa un tiempo. Praga, Berlín, Londres, Toledo, Lisboa, Barcelona, Venecia. Transferí todo el dinero y lo deposité en un banco suizo. Me quedé un tiempo en París, pero el tumulto me pareció insoportable. Me refugié en España. Recuerdo que pasé días completos en el Guggenheim

de Bilbao, sentado bajo la gigantesca araña metálica de Louise Burgeois en cuyo vientre enrejado se pueden observar enormes huevos de mármol. En ningún momento, cobijado por aquella siniestra escultura titulada *Maman*, dejé de pensar en la hija de Magdalena y Gerardo, torturándome al recordar su pequeño cuerpo perfecto y sin ningún rasgo de malformación. Había matado a una niña inocente por dinero. Era un hombre cínico y sin escrúpulos.

Al cabo de un tiempo regresé a México. Las aguas estaban calmadas. Busqué en las noticias, pero sólo me encontraba con las mismas telenovelas que nutren la vida política del país. Me reencontré con amigos, comencé a escribir de nuevo en los periódicos. Durante mi estancia en Europa algo cambió en mí. Como tantos otros políticos fracasados, decidí escribir una novela. Todos mis intentos fueron fallidos. De mi mente, como era de esperarse, sólo salía basura.

Pasaron los años. Cumplí cincuenta hace unas semanas. Nunca encontré una compañera, tampoco podía enamorarme. Estaba muerto por dentro. Me resigné a vivir solo y a llevar la vida de un solterón irrevocable. Borracheras esporádicas de buró, visitas de prostitutas que fingían placer o gusto, amigos que se alejaban de mí; fue lo único que pude obtener de mi vida de millonario inútil, mutilado de la capacidad de expresarme. Un domingo por la tarde recibí una llamada telefónica. La voz de Magdalena resonó al otro lado de la línea como un estallido que estuvo a punto de provocarme una crisis cardíaca. No hay otra forma de decirlo: me ordenó que nos viéramos en un restorán muy conocido. Habían pasado ya siete años desde la noche que cambió mi vida para siempre.

Cuando la vi llegar al restorán el corazón me dio un vuelco. Magdalena, "La Bruja", llegó acompañada por un niño. Reconocí en él ciertos rasgos, cierta forma de mirar.

—Hola, Pepe —me dijo sonriendo con naturalidad y entusiasmo—, tanto tiempo sin vernos. Te presento a Gerardo. Es nuestro hijo. Lo concebimos la noche que mataste a mi hija para que yo pudiera vivir de nuevo. De ahora en adelante vamos a estar juntos, muy cerca...

En ese momento supe que nunca más podría deshacerme de ella. Me mudé a su casa, la misma donde había matado a la bebé. Hoy miro mi rostro en el espejo. Las canas han cubierto mi cabeza. Los lentes, la mirada estrábica, todo me recuerda las últimas versiones de mi amigo Gerardo. Magdalena en cambio no ha envejecido un ápice. Cada noche, al acostarme junto a ella, siento que mi vida escapa ineluctablemente. El pequeño Gerardo, acaso la reencarnación de mi amigo, crece y cada vez que lo veo percibo en él una presencia ajena, siniestra, desarrollándose en su interior. Sé que no me queda mucho tiempo de vida. Escribo esto con una desesperación insoportable. Dejo estas palabras como una muestra del desasosiego que me causa mi existencia. No sé a qué fuerza, a qué potencia exterior a mí, han obedecido mis actos desde aquel crimen en San Ángel.

En un cajón, oculta entre mis ropas, encontré hace poco una pistola. Magdalena la dejó ahí acaso para que me pegue un tiro. Pronto haré uso de ella y nada de lo que ha pasado tendrá ninguna importancia. Entonces podré regresar a lo hondo, al silencio, a lo informe, a la nada... y esto es lo único que importa.

LA MÁSCARA DEL DIOS VAMPIRO

Un naturalista excesivamente acucioso dio en llamar "vampiro" a una variedad de murciélago que chupa la sangre de otros animales por la noche. Este afortunado bautismo ha permitido algo que el mito ya conocía de antemano: la asociación del vampiro animal y la criatura del sueño. Basten estas líneas como preámbulo para contar mi historia.

Ahora que los años han caído sobre mí y que el tiempo ha secado mis entrañas, me decido a contar mi modesta participación en el mito, y aunque la inmortalidad física me fue negada por el Maestro, puedo acceder a ella por el único medio del que dispongo: las palabras.

Debo comenzar este relato con una confesión: fui yo quien robó la máscara del dios vampiro del Museo de Antropología e Historia de la Ciudad de México hace muchos años. Ahora eso ya ha dejado de tener importancia. Su dueño actual le ha arrancado todos sus secretos.

Mi nombre, hay que apuntarlo en algún lado, fue Baltazar Al Rashid y nací en Estambul hace más años de los que quisiera recordar. Mi sangre la recorren mercaderes y asesinos, ávidos lectores del Corán que veneraban en secreto el fuego de Zoroastro. De algo estoy seguro: entre mis ancestros figura un guerrero que atravesó los Cárpatos para invadir los pueblos de los cruzados que murió empalado en el intento por la pérfida prole de Dracul.

El Maestro y yo nos encontramos una oscura tarde londinense en el transcurso de una subasta en Christie's. Le

gustaba adquirir antigüedades y objetos muy selectos: dragones chinos, tapices turcos, trivia de Hollywood. El azar nos sorprendió pujando por los carretes anticuados de la primera versión de *Nosferatu*, de Wiene. Los vampiros eran su afición, lo mismo que la mía, pero la suya era una fortuna de posibilidades infinitas (no estoy exagerando) y la mía se limitaba a unos cuantos ceros en diversas cuentas bancarias dispersas por el mundo. Alto, muy alto, desgarrado, pálido, de nariz y orejas muy grandes, el Maestro era todo menos que un cliché: había en él algo de concreto y fuerte, de presencia rotunda muy distinta a la de esos seres fantasmales con los que se identifica tan fácilmente a los seres de la noche. Era más un rozagante empresario centroeuropeo que un vampiro de Bulgaria o Bucarest. Me invitó algunos tragos en el Club Armenio, no muy lejos de Hyde Park. El whisky de malta y la complicidad en ciertos temas relacionados con el esoterismo permitieron que naciera entre nosotros una amistad inquebrantable que duraría toda la vida y aún hoy sería imposible que la rompiera, a pesar de que su promesa de hacerme inmortal no fuera cumplida. Muy pronto me convertí en su representante. Jugosos pagos, a menudo iguales al monto de lo que había adquirido para él, nutrían mi fortuna. Negocié para él desde raros manuscritos medievales hasta la capa que Bela Lugosi había usado en el clásico filme *Drácula* de 1936. Su pequeño apartamento en el Soho londinense contrastaba con el opulento chalet donde vivía en Montségur, muy cerca de la frontera con Suiza, en las apartadas regiones que habían habitado los cátaros.

No me reveló su verdadera identidad hasta que ya fue demasiado tarde y la amistad había echado raíces muy profundas. Lo recuerdo bien. Viajábamos de Londres a New York en un vuelo nocturno. Hablábamos de números y de la colección de objetos personales del dictador rumano Nicolae Ceausescu, que sería rematada en Sotheby's, entre las

que se encontraban diversos objetos que afirmaba le pertenecían, como una espada con empuñadura de hueso repujada con rubíes y amatistas, cuando así sin más y frente a su whisky inevitable me dijo:

—Yo soy Tepes, último de la estirpe de Dracul... y hoy me apodan ridículamente conde Drácula.

Yo sabía que era el vampiro antes de que lo dijera. Prefería el trato diurno y le gustaba la buena comida y el buen vino. Ni el sol ni los crucifijos ni el olor del ajo le hacían el menor daño. Como ya he dicho era un hombre extremadamente sano. Yo no acerté sino a decirle:

—¿Así que eres inmortal?

—Inmortal no, pero llevo ya viviendo más de quinientos años y espero vivir al menos otros tantos.

Me contó la historia de su conversión en vampiro: en una de tantas treguas los turcos le habían enviado un harén de mujeres maravillosas y perfectas. Nubias de piel de ébano, aceitunadas indias raptadas de los templos del Punjab, afganas de ojos violetas, judías que recitaban el *Cantar de los cantares* en hebreo, orientales dóciles y hábiles para los placeres de la almohada, y entre todas ellas Sayla, una armenia de piel de leche y pelo negro como el azabache. Era una mujer salvaje de las estepas y su amor era violento y agresivo, nada que ver con la sofisticación de las demás mujeres. Por esa razón Tepes la había preferido desde el principio. La vampira lo mordió muchas veces, las primeras con el fin de matarlo, pero las siguientes para convertirlo en lo que ella era, un vampiro. Cuando Sayla se lo confesó a Tepes, una noche al amor de la hoguera, éste la decapitó sin pensarlo con su propia cimitarra. Se arrepintió de inmediato. Gracias a ella había atravesado los siglos. Nunca la había olvidado.

Yo le expliqué que estaba muriendo, que un cáncer mortal corroía mis entrañas y le pedí que me hiciera in-

mortal o que al menos extendiera mi vida algunos años. Me explicó que no le gustaba convertir a otros en vampiros. Lo había hecho algunas veces, con mujeres de las que se había enamorado profundamente, entre las que recordaba a Isabella, una noble veneciana que vivió hacia el siglo xvii y a Sophie, una prostituta judía que le había presentado Baudelaire, pero se había arrepentido de volverlas vampiras, ya que según sus palabras ningún amor puede ser eterno. Ahora ellas andaban por ahí infectando incautos, que a su vez infectaban a otros más, extendiendo inexorablemente el mal sagrado.

No sólo había conocido a Baudelaire, también había tratado a Nerval y, más lejanamente a Rimbaud. Le gustaba la poesía francesa del siglo xix, los románticos alemanes, como Hölderlin y Novalis, odiaba a Goethe a quien había conocido personalmente —decía que era insoportable—, y frecuentaba a los barrocos españoles. Estos gustos, yo lo sabía bien, lo habían llevado a comprar manuscritos de poetas y escritores. Odiaba las novelas, le parecían ociosas y sin sentido “libros para viudas”, pero sobre todo le disgustaban las novelas de vampiros, que le parecían inexactas, y fuera de tono, sobre todo *Drácula* de Bram Stoker, que le resultaba una abominación. Acaso por sus orígenes rumanos, en cuya tradición folclórica abundan las formas breves, prefería los cuentos y relatos de vampiros como los de Polidori y Gautier. Le parecían más cercanos a lo que él llamaba “la verdad poética”. Odiaba la pintura, al grado de que le gustaba comprar cuadros muy caros sólo para destruirlos. Cosa rara: amaba la fotografía, pese a que por su naturaleza esencialmente onírica él nunca podría ser retratado. Como ya he dicho el cine era una de sus aficiones predilectas.

Todo eso y muchas otras cosas más me contó en aquel vuelo nocturno de Londres a Nueva York. Yo insistí en ser

convertido, pero como buen negociante me pidió a cambio una tarea: robar la máscara del dios murciélago del Museo de Antropología e Historia de la Ciudad de México. Era imposible comprarla y sólo podía encargarle el trabajo a alguien de su entera confianza.

En Nueva York me dediqué a investigar todo sobre la máscara. El dios murciélago era uno de los dioses mayores de la cultura zapoteca de Oaxaca en México. Para nadie es un secreto que el vampiro es un animal que sólo se conoció hasta después del descubrimiento de América. Aquel pequeño ser que se alimentaba de sangre de seres vivos había iluminado la imaginación de los pueblos mesoamericanos y su presencia era recurrente entre los mayas, los olmecas y los propios aztecas; culturas que recurrían al sacrificio ritual para alimentar con sangre a sus dioses. Tepes me explicó la clave que faltaba: algunos sacerdotes eran vampiros como él y mucho más poderosos. Tepes sólo viviría unas centurias después de ser contagiado por Sayla. Los sacerdotes zapotecos eran casi inmortales y su poder les era conferido gracias al contacto con los dioses por medio del sacrificio ritual. El medio para acceder a la plenitud, a la eternidad, involucraba a la máscara de jade del dios murciélago.

Mis investigaciones dieron con las culturas del neolítico, donde se veneraba a una raza especial de seres humanos, casi todos muy longevos, que fungían como chamanes. Gracias a ellos se habían dispersado por el mundo ciertas imágenes y ritos. De las heladas estepas de Siberia hasta las culturas de América del Sur, y de las profundidades de Camboya hasta la cultura egipcia, estos seres habían atravesado los siglos hasta que habían desaparecido definitivamente por muerte, por cansancio, por olvido. Unos cuantos como Tepes quedaban en el mundo. Algunos se habían retirado al Tibet, cuyo folclor era rico en imágenes

y cuentos de vampiros, o recorrían la Tierra conociendo nuevos sitios, buscando a otros seres como ellos.

En México los vampiros se habían retirado hacía siglos. La Inquisición, la voluntad de olvido y sobre todo el cansancio, los había llevado a la extinción. Tratándose de una de las culturas que mejor había identificado al ser biológico con el ser onírico, era una lástima que sus sacerdotes hubiesen perecido bajo la barbarie de la corona española.

No era fácil, según me dijo Tepes, convertirse en vampiro. Se necesitaba, primero, de un vampiro con cualidades especiales, de modo que el cliché del vampiro que infecta a un ser humano con sólo morderlo y alimentarse de su sangre era totalmente falso. Para que un vampiro lograra convertir a otro era necesario el contacto prolongado (supongo que Tepes se negó por esta razón precisamente), la continua frecuentación de la sangre del otro. Los antiguos sacerdotes mesoamericanos, por ejemplo, conseguían esto al desollar en carne viva a un vampiro y al vestir sus pieles y permitir la absorción durante horas, a veces podían ser días, de la sangre del otro. Y tal era la razón por la que había muy pocos vampiros en el México antiguo: eran las víctimas predilectas de los rituales más altos y su sangre era el alimento de los dioses.

Así fue cómo después de recibir las órdenes de Tepes, me trasladé a la Ciudad de México la víspera de Navidad. Era una ciudad horrenda y grandiosa. Cubierta por una espesa capa de smog y polvo, guardaba múltiples maravillas y secretos. Su bullicio, el carácter de su gente, su suciedad, me recordaron de inmediato mi natal Estambul. Me hospedé muy cerca del Museo de Antropología y muy pronto lo conocí al dedillo. Su sala egipcia y babilonia dejaba mucho que desear. La información de las civilizaciones mesoamericanas me pareció tendenciosa y me recordó algo que a menudo sucede en las culturas milenarias: los mejores y

más acertados estudios eran realizados por extranjeros que podían ver con distancia lo que para los arqueólogos locales se volvía nebuloso. Así por ejemplo, al mirar a la Coatlicue, diosa del desecho y la inmundicia entre los aztecas, me pareció evidente que ahí se encontraba el corazón palpitante de la Ciudad de México, su símbolo, cifra y anagrama.

Voy a hacer un alto en mi narración para describir mi primer encuentro con la máscara del dios vampiro. Todavía me afectaba mucho el aire enrarecido de la atmósfera, llevaba pocos días en la Ciudad de México. Había bebido alcohol y una extraña comida, consistente en un pimiento enorme relleno de carne molida cubierto con una salsa de nueces adornada con dientes de granada china, se maceraba en mi interior, entre mis jugos gástricos. Estaba intoxicado. En los minutos que preceden a la fiebre, cuando todavía el mareo es muy leve, de pronto me vi frente a la máscara. Era un objeto de jade, de ojos inquisitivos, realizado todo en piedras preciosas. Podría haber sido chino o hindú, pero algo de sus orígenes salvajes parecía emanar de aquel objeto haciéndolo único e irrepetible. Su pronunciada nariz y sus enormes orejas eran los rasgos más evidentes de aquel rostro simulado. Robarlo sería difícil, ya que se encontraba en un cubo de cristal en el centro de una sala bien iluminada. Los sistemas de seguridad eran muy simples. El problema era llegar hasta la sala sin ser visto.

Esa noche la fiebre hizo presa de mi mente. Vampiros inmortales vagaban por las ruinas de lugares largamente abandonados; Tepes me visitaba en mi casa familiar de Estambul y me daba un frasco lleno de un líquido rojo y espeso donde un enorme cangrejo se agitaba; en lo alto de las pirámides había seres ignotos... Me despertó el timbre del teléfono. Una voz de mujer me indicó que subiría hasta mi cuarto. Me vestí como pude. A los cincuenta y cinco años era difícil adecuarse a un nuevo horario, una nueva

altura. Abrí. La muchacha respondía al nombre de Roxana. No debía de pasar de los veinticinco años. Alta, morena, estilizada, tenía la belleza salvaje de sus antepasados mesoamericanos. Tepes la enviaba para el trabajo que debíamos realizar en el museo. Ella se encargaría de todo. Yo sólo debía de proveerla del dinero. La cifra parecía en sus labios mucho más elevada de lo que realmente era. Le extendí un cheque y desapareció. Me mantendría informado. Me recomendó que la próxima vez estuviera más presentable.

La Navidad en México es una festividad muy rara. Dormí varias horas. Al despertar de nuevo sentí hambre. Bajé al comedor del hotel. Lo ocupaban familias y huéspedes borrachos. Salí en busca de algo que comer en los alrededores. Todos los restaurantes estaban cerrados. Pregunté a un taxista y sólo me pudo decir que aquella noche ni las prostitutas trabajaban.

Regresé a mi habitación y me bebí los restos del minibar. Al otro día sonó el teléfono. Era Roxana. El trabajo estaba hecho. Pasaría en una hora. Apenas si alcancé a ducharme. Me arreglé lo mejor que pude, traté de quitarme las huellas de la enfermedad y la vejez. Cuando llegó Roxana me sentí desmesuradamente feliz. Abrió un bolso de viaje grande. La máscara me miró de frente. No sé qué sucedió después, sólo recuerdo los besos, los abrazos, una energía como nunca había sentido fluyendo hacia mi cuerpo. Sus senos eran cálidos al tacto, palomas a punto de volar...

En el hotel, echados en la cama, Roxana me tradujo el periódico: unos intrusos se habían colado al Museo de Antropología de la Ciudad de México y habían robado algunas piezas arqueológicas y la máscara del dios vampiro de la cultura zapoteca. Los guardias se habían embriagado con unas botellas de alcohol que alguien había dejado allí como carnada. La risa joven de Roxana encendía cosas que hasta

entonces mi corazón desconocía. Lamenté no ser joven, sentí lástima por mi vida transcurrida entre cuentas y mercancías.

Después de aquel primer encuentro Roxana me explicó que la única manera de sacar la máscara del país era por tierra. Tepes nos encontraría en la Florida, desde donde se embarcaría rumbo a Bahamas y, siguiendo la ruta de los traficantes, partiría a Europa. Traté de comunicarme con Tepes, pero no me fue posible. Sólo hasta mucho tiempo después supe que aquella muchacha de ojos negros, estilizada como un venado, sería mi paga.

Mientras avanzábamos rumbo al norte —el viaje duró siete días con sus noches— cada vez que hacíamos el amor, Roxana me estaba infectando para transformarme en vampiro. En esos días sentí cómo la enfermedad retrocedía hasta desaparecer. Así fue como me convertí al Mal Sagrado.

Lo que ocurrió después es previsible. Tepes recibió la máscara del dios vampiro. Roxana obtuvo la paga que buscaba, que era la misma que la mía: dilatar un poco el breve lapso de nuestras vidas. La inmortalidad era algo que Tepes, y sólo Tepes, disfrutaría. En los primeros días del siglo XXI nos encontramos en Londres. Apenas si pude reconocerlo. Joven, muy joven, había llevado a cabo exitosamente el ritual con la máscara del dios vampiro. Le esperaba recorrer la memoria humana, el tiempo de la especie, romper las barreras del futuro y ser inmortal como los más antiguos. Pero la naturaleza de Tepes era envidiosa: no quería compartir ese secreto. Quizás el secreto mismo exigía no ser compartido. De cualquier forma le agradecí a Tepes el haber compartido aquellos días memorables conmigo.

Han pasado algunos cientos de años. Hace más de doscientos Roxana desapareció de mi vida. Los vampiros no suelen quedarse juntos más de algunos decenios, así que puedo decir que fuimos afortunados. Siento cómo mis

órganos se secan. Pronto me convertiré en algo parecido a una momia, con la piel reseca, convertido en papiro. La inmortalidad me fue vedada por el Maestro. No siento tristeza ni lástima. En los siglos que he vivido pude constatar que el paso del tiempo es una ilusión y que la estupidez humana es infinita. Me queda el consuelo de haber añadido algunas imágenes al Mito. Abandono ahora la escritura de este documento y saboreo en la ventana el color rosáceo del crepúsculo. La noche es joven. Es hora de hacer una última cacería.

Al fin me he convertido en sueño.

LA NOCHE DE LA COATLICUE

Para Ignacio Solares

Creo que mi lugar está con los dioses derrotados y conquistados. Dioses que fueron arrojados a las profundidades más recónditas por su propia naturaleza, negando aquello que los caracteriza. Aquellos que siguen a estos dioses no tienen nada que temer: pueden sobrevivir porque la victoria se gana siempre en la derrota.

MASAHIKO SHIMADA: *DIARIOS MEXICANOS*

Lo conocí en una vieja cantina del centro. Era uno de tantos parroquianos, de esos que pasaban, se quedaban un par de tragos y luego se marchaban. Al verlo así, con su trajecito luido, brillante por el uso, sus zapatos baratos y su viejo portafolios de piel descascarada, nadie se podría imaginar que era poseedor de un secreto, ni mucho menos, por supuesto, que hubiera vivido tantos años. Cetrino, enjuto, de fuertes rasgos indígenas, siempre frente a sus inevitables tequila y cerveza, el licenciado Borunda era todo menos un ser mitológico de esos que parecen provenir del sueño o de la pesadilla. Y sin embargo comenzaré diciendo que era la personificación misma de todo aquello que se ocultaba debajo de la Ciudad de México, en el antiguo lago fósil que durante la temporada de lluvias, año con año, amenaza siempre con regresar.

Nos hicimos amigos o cómplices a partir de la frecuentación de la misma cantina, *Los viejos tiempos*, ubicada en una esquina de la plaza de Santo Domingo, a un lado de donde antaño estuvo instalada la Inquisición, frente a los puestos donde los evangelistas escribían cartas para familias lejanas, falsificaban títulos y pasaportes o hacían tarje-

tas de presentación e invitaciones a fiestas de quince años, casamientos o funerales.

Borunda trabajaba en el archivo muerto de la Secretaría de Hacienda a un lado del templo de Santo Tomás, cerca de donde alguna vez estuvo la Biblioteca Nacional. Vivía en la calle de Regina en un viejo departamento de renta congelada. Su vida al parecer era simple. Un alcoholismo suave, tranquilo, casi indiferente, le permitía vivir sus días con decoro e incluso con alguna dignidad: al estar sumido en aquel estado de intoxicación permanente era como si un sonámbulo o un ser de otro mundo o de otro tiempo estuviera hablando frente a uno. Esta despersonalización era el signo fundamental de su carácter.

En muchas de nuestras pláticas, a las que a menudo se sumaban un librero de viejo de la calle de Palma y un profesor de preparatoria jubilado, abundaban los temas del esoterismo mexicano: la identidad secreta de la Virgen de Guadalupe, la existencia de sectas que todavía, a principios del siglo XXI, veneraban a Tláloc y Huichilobos, y que, se decía, llevaban a cabo sacrificios humanos. A menudo discutíamos si Quetzalcóatl y Xólotl, los dioses gemelos que representaban a Venus en el crepúsculo y al amanecer, eran la misma deidad, si el panteón azteca no era sino una sola entidad dispersa en múltiples facetas, como ocurría con el hinduismo, o si se trataba de innumerables deidades menores cuya multiplicación incontrolada estaba sujeta a los caprichos de un rico imaginario colectivo que se manifestaba, aún hoy, con el culto a multitud de santos.

Todo esto transcurría entre tequilas, cantantes de bole-ros y, sobre todo, con la compañía de la inevitable presencia de Lupita, la mesera de la cantina que, allá por los tiempos en que los tranvías aún cruzaban la ciudad, había sido su querida, una desdichada prostituta de Peralvillo que habitaba lo que Borunda llamaba "los labios de la tierra", aludien-

do a lo que antaño había sido la orilla del lago fósil, frente a Taltelolco.

Una tarde, mientras conversábamos, al calor de los tequilas, me confesó su secreto. Era un lunes, lo recuerdo bien porque no había nadie en la cantina. Borunda y yo éramos los dos únicos comensales y ya había pasado la hora de comer. Llovía a cántaros sobre la ciudad. Ríos de lodo corrían a los lados de la calle. Esporádicos relámpagos rasgaban el lento atardecer.

—Estoy tan cansado —dijo mirando hacia los ventanales opacos donde la lluvia se agolpaba como un molusco tratando de entrar—... a veces todavía me parece oler las aguas estancadas del viejo lago y me parece que la santa Inquisición sigue existiendo. ¿Sabe usted?, llevo vagando en estas calles más de doscientos años.

Le eché una mirada burlona pero no me atreví a contradecirlo. Algo en su silencio logró ponerme muy incómodo. ¿Qué podía decirle? El alcohol, pensé, ya había hecho su trabajo. Aun así, después de dejar pasar algunos minutos y de darle un par de tragos a mi tequila, algo me impulsó a preguntarle:

—¿Y ha cambiado mucho la ciudad desde entonces?

—Sólo le pido que no se burle y a las pruebas me remito —respondió tajante.

Llamó a Lupita y cuando la tuvo enfrente la miró a los ojos y le preguntó:

—Lupe, a ver, ¿desde cuándo me conoces?

Lupita lo miró con la sorpresa de alguien que está revelando un secreto largamente compartido. Después de guardar silencio unos instantes, sopesando su respuesta, dijo con resignación:

—Desde hace como cuarenta años. Yo tenía dieciséis.

—¿Y qué ha pasado desde entonces?

—Que sigues siendo el mismo viejo... Tú no te puedes morir.

Después de mirarlo con resentimiento Lupita se dio vuelta y pensé en lo horrible que sería, de ser verdad, vivir cerca de una persona para la que no pasa el tiempo.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, Borunda me contó cómo había conocido a la Lupita, una huérfana abandonada que se dedicaba a vender su cuerpo en una época en que a nadie le importaba la pornografía o la prostitución infantil. Se la llevó a vivir a una vecindad de Peralvillo y fueron felices a su manera pobre y tosca. Tuvieron un hijo que nació con malformaciones y que murió antes de cumplir un año. Dos nacimientos trágicos más y un embarazo que terminó en una histerectomía acabaron con la juventud de Lupita. Un día ella lo dejó sin decirle nada, pero vivir en el centro era una condena. Meses después Borunda se la encontró por el rumbo de la Merced ofreciéndose por unos pesos. Borunda se hizo su cliente regular, pero ella se negó a regresar con él. La imposibilidad de envejecer de Borunda la abrumaba. Él la amaba según me confesó, como nunca lo había hecho antes.

—Tuvieron que pasar más de ciento cincuenta años para encontrar a quién amar... ¿No le parece terrible?

Sería el alcohol o el hecho de que afuera llovía a cántaros y que en realidad yo no tenía nada que hacer en mi departamento de Tlatelolco, no lo sé: el hecho es que algo me hizo quedarme a escuchar la historia de Borunda, y si bien su edad era de suyo algo fantástico, lo que vendría habría de ser aún más increíble. He aquí su relato: "Hace doscientos años, en 1790, aquí, muy cerca en el Zócalo, se encontraron dos piedras: una era el Calendario Azteca y la otra, monstruosa, era la Coatlicue. Muy cerca de ellas, en el centro de la plaza, fueron hallados también —y en esto los historiadores siempre se equivocan al omitirlo en

las crónicas— un altar de sacrificios con los huesos de un animal enorme que parecía corresponder a un felino o un reptil, que se perdieron por la superstición o el horror que causaron los hallazgos entre las autoridades virreinales y el pueblo.

"En tropel, la gente acudía a verlas, unos para venerarlas y otros para escupirlas y deshonorarlas. Las viejas creencias habían regresado. Yo acudí a verlas muchas veces. En aquellos tiempos trabajaba en la Real Aduana, justo aquí enfrente —dijo señalando hacia los ventanales de la cantina—, pero en mis ratos libres, que por fortuna eran muchos, me dedicaba a leer antiguos manuscritos y otros documentos, de los que ahora llaman códices. Por aquel entonces tenía apenas cuarenta años y sabía interpretar el náhuatl con las habilidades de un tlacuilo. Lo hablaba a la perfección porque mis ancestros eran, por el lado de mi madre, de origen náhuatl y por el de mi padre éramos otomíes. Ambos provenían de familias muy antiguas y contaban con algún dinero, por lo que pude asistir al Colegio de Santiago Tlatelolco, muy cerca de donde vive usted. Así fue como aprendí a escribir en tres lenguas y al final el español me eligió como su hablante, pero para dominar una lengua que no es la de uno se necesitan varias vidas, lo mismo que tuvieron que pasar generaciones para que los españoles pudieran entender la lengua de mis ancestros.

"Dejo esta breve digresión para continuar mi relato acerca de las piedras. Interpretar el calendario azteca o Tonalámatl no representaba ningún problema: era evidente, y esto hasta los inquisidores lo sabían, que se trataba de una especie de reloj de piedra: la manera en que los antiguos reparían el año para hacer sus fiestas y conmemoraciones, para medir el tiempo de la cosecha y de la siembra, para saber cuándo llegaría Tláloc con sus aguaceros y cuándo Quetzalcóatl vendría a barrer el valle. También se marcaban ahí

puntualmente el tiempo y la manera de las ofrendas. Frente al Tonalámatl y sobre la piedra de los sacrificios se sacaba el corazón de los ungidos para mantener al tiempo en movimiento. El cráneo del sol en el centro de la piedra, ahora que no puedo mirarlo, todavía me mira en sueños.

"Una noche, ya en la madrugada, con el fin de no ser molestado y poder mirar con detenimiento aquellos monumentos, me dispuse a contemplar a la Coatlicue, la diosa madre, que era de las esculturas la que más me intrigaba. Había tomado pulque con mezcal para darme valor. La luna llena, imponente, Coyolxauhqui en pleno, iluminaba el Zócalo con una luminosidad harinosa y salina. Todavía siento escalofríos al recordar aquella noche perdida en mi memoria. El osario de la Catedral, su parte más antigua, parecía derretirse, y sus relieves agitarse lentamente frente a mis ojos. La Coatlicue estaba recargada a un lado, mirando hacia la calle de la Moneda. No había un alma en la plaza, ni siquiera los dragones virreinales se atrevían a acercarse. Muchos de ellos eran de orígenes indianos y los otros, al ser católicos o criollos, miraban con horror aquella figura abominable. Mas de cien años después, cuando leí por primera vez los nocturnos de Xavier Villaurrutia, encontré las palabras exactas de lo que le ocurre a la ciudad cuando la ilumina la luna llena. Recuerdo que olía a pantano. Las acequias, si bien se habían cegado, seguían manando aquella sustancia fangosa, los restos de un lago moribundo que aún hoy se niega a desaparecer y que nos recuerda su presencia permanente cuando llueve, como ahora.

"Un relámpago irrumpió en la oscuridad. (Borunda hablaba como hipnotizado, con la vehemencia de alguien que ha guardado un secreto durante años y ha encontrado por fin la manera de revelarlo.) No sé en qué momento percibí el movimiento de la diosa —prosiguió— el hecho es que las dos cabezas de serpiente, el collar de cráneos, el rostro de

cangrejo, la falda de culebras, las garras de ocelote, todo aquello, petrificado e inmóvil, de pronto se puso en movimiento y un rugido espeso, burbujeante, como proveniente del lodo más profundo, estalló en la noche y su eco aún hoy sigue resonando en mis oídos.

"Por supuesto la Coatlicue no es azteca, es algo mucho más antiguo y espantoso. Tengo para mí, a juzgar por lo que percibí aquella noche, que se trata de un ser real que siempre ha habitado el lago mohoso y subterráneo. Los dioses no desaparecen, ¿sabe usted?, sólo se retiran y éste es el caso de la Coatlicue. En aquel momento no lo entendí así o no quise hacerlo. Creo que a partir de ahí mis sesos se averiaron. Obsesionado con reconciliar las creencias de mis antepasados y mi propia convicción guadalupana, concluí que la Coatlicue era la Virgen de Guadalupe, cuyo culto había traído al continente americano santo Tomás Apóstol, el Gemelo, unos años después de la crucifixión.

"Si en aquella época tal hipótesis era un disparate, hoy me lo parece menos. No creo que santo Tomás haya venido a México, las semejanzas entre la Guadalupeana y la Coatlicue son de orden simbólico: una da a luz a Jesucristo y la otra a Huichilobos, ambas después de un embarazo milagroso..."

Llegó la hora de cerrar. Borunda me invitó a su casa, ubicada en la calle de Regina. Según me explicó mientras caminábamos en la noche húmeda, en épocas remotas muy cerca de ahí se hacían rituales a la Coatlicue consistentes en sacrificar niños deformes, porque para los aztecas los recién nacidos con tres piernas, dos cabezas, cubiertos de escamas, síndromes y otras marcas de nacimiento, eran especialmente preciados para el culto de la diosa.

Su casa, ubicada en una vieja vecindad, tenía tres habitaciones. En todas partes había cosas sucias y oxidadas. Olía a humedad, a cosa vieja, como olía todo el centro de la ciu-

dad, como si nunca se hubiera podido quitar de sus cimientos la pestilencia del fango. Entre las repisas de un librero improvisado con tablones de madera y ladrillos vi diversas estatuillas, réplicas demasiado perfectas a mi modo de ver de piezas prehispánicas. Había una pequeña estatuilla de barro negro verdoso que representaba a la Coatlicue en todos sus detalles. Una reproducción del clásico grabado de León y Gama presidía la pequeña sala y justo enfrente había un altar dedicado a la Virgen de Guadalupe. Vi las constelaciones en su manto, las mismas que marcaban el inicio del solsticio de verano y la llegada de las lluvias, la crecida del lago, el tiempo de la cosecha. La Virgen de Guadalupe y la Coatlicue me parecían tan disímiles que cualquier parentesco me parecía monstruoso. La Coatlicue era una figura repugnante, un ser sin pies ni cabeza, una especie de alebrije prehispánico. La Virgen de Guadalupe, en cambio, emanaba una gracia maternal pintada de una manera ingenua, *naïve*. Mientras abría una botella de mezcal y servía un par de tragos en sendos caballitos de barro, pareció leer mi pensamiento.

—Es imposible encontrar algo que las relacione a simple vista, salvo el hecho incontrovertible de su divinidad.

A pesar de su ebriedad, Borunda no abandonaba el tono ceremonioso al hablar. La Coatlicue es la Virgen de Guadalupe desollada, vista desde dentro, lo que se oculta en su interior: un ser multiforme, muda encarnación de la vida y de la muerte.

En algún momento el mezcal hizo sus estragos y me sumergí en una especie de letargo. Miraba a Borunda pero mis oídos no podían escuchar lo que salía de sus labios. Sus palabras parecían salir del fondo de una cloaca. Literalmente burbujeaban, eran de una vibración fangosa, repugnante.

Luego me encontré en el baño. Estaba desmayado. Mi estómago no había soportado tales cantidades de alcohol.

Al otro lado de la puerta Borunda preguntaba si me encontraba bien. El baño era mohoso, musgoso, sucio, abandonado. Un baño de vecindad que emanaba los colores y los olores del antiguo lago fósil. No quise abrir la puerta. Me sentía mal. Estaba asustado. Le tenía miedo a aquel hombre que me hablaba al otro lado de la puerta. En un cesto descubrí un montón de folletos viejos, de hacía veinte, treinta años. En aquellas revistas amarillentas de publicaciones sensacionalistas había encabezados que me dejaron estupefacto. Nace niño de dos cabezas, y entre los párrafos el nombre de Lupita y de Borunda. Niño de tres piernas y un brazo, imágenes impactantes. Una foto horrible de un ser ensangrentado presidía aquellas palabras. "Ha parido a varios monstruos que han nacido muertos y lo sigue intentando". El vértigo me invadió de nuevo. Entonces se abrió la puerta con un estrépito. Vi a la Coatlicue y a la Virgen al mismo tiempo. De pronto ahí estaba también Lupita, la mesera. Es una alucinación, pensé antes de desvanecerme por completo.

Me despertó Lupita en la cama de Borunda. Me miró con ternura. No me sorprendió ver a una mujer muy joven.

—No te preocupes, ya todo está bien. Yo me encargo, mientras, descansa. Esta vez vivirá nuestro hijo, ahora sí va a nacer...

En el piso del baño, amontonado como un disfraz de piel, vi mi propio cuerpo, el traje que había llevado durante treinta años y del que había sido despojado. Lupita lo dobló como si se tratara de una escafandra de hule y lo metió en una bolsa de basura. Ya era Borunda. Lupita regresaría conmigo al anochecer. Había que prepararse para los rituales dedicados a la diosa. Lupita debía embarazarse de nuevo. Nunca más supe de mí mismo.

BITÁCORA PÓSTUMA DE DANIEL MACÍAS

EL CRIMEN

Apenas llevaba unas cuantas semanas en casa y ya extrañaba el hospital. Al menos ahí, pensó, tenía con quien hablar. Pero su tiempo había expirado y lo habían mandado de regreso al mundo real. Sentía una nostalgia casi perversa por las enfermeras embozadas, los médicos que le revisaban de vez en cuando el fondo del ojo, la terapeuta regordeta e indiferente con la que hablaba de sus sueños siempre inventados: comedias surrealistas o beckettianas donde dejaba rastros, tenues evidencias del trauma oculto, la figura de una madre siempre en fuga, la homosexualidad latente, la culpa inexplicable.

Tirado en su diván, y mientras contemplaba la luz de la mañana, Daniel Macías hizo un breve repaso de todo aquel periodo y se dio cuenta de que había desperdiciado demasiado tiempo. Su psiquiatra, un hombre que tenía más de chamán que de doctor, le había sugerido hacer un poco de ejercicio, ir al dentista, ocuparse de su apariencia... retomar, en suma, el control de su vida.

La convalecencia hizo sus estragos. Daniel había dejado de leer, se aficionó a la comida chatarra, a los cigarrillos baratos, al licor mezclado con medicamentos. Como fósiles de otra era geológica, sus libros se amontonaban desorganizados y sin sentido en su pequeña biblioteca. El ordenador sólo le servía para revisar los periódicos (odiaba mancharse los dedos, una fobia de juventud), para jugar partidas de ajedrez que podían durar varios días y que perdía inva-

riablemente y, sobre todo, para ver pornografía. Su vida sexual se había reducido a frenéticas sesiones solipsistas, repetitivas y carentes de sentido (¿pero acaso el sexo debía tener algún sentido?). En el buzón de su correo electrónico se amontonaban mensajes de amigos y conocidos a los que se negaba a responder no sin cierta culpa. Sus sacos y corbatas colgaban en el ropero como disfraces de fiestas del pasado. Su guardarropa se había reducido a un par de pantalones de mezclilla, unas cuantas playeras arrugadas, unos tenis viejos y una raída chamarra de piel que había visto sus mejores días hacía años.

Entre los treinta y los cincuenta años Daniel Macías había sido escritor. En ese tiempo se las había arreglado para escribir una novela, varios libros de cuentos y algunas colecciones de ensayos sobre sus aficiones librescas y estéticas. No pertenecía a la farándula literaria, ningún grupo lo reclamaba como uno de los suyos. Despreciaba los conventillos académicos tanto como los círculos literarios. Todo aquello, pensaba, no era otra cosa que un inmenso pudridero. Se las arreglaba para sobrevivir escribiendo notas mercenarias en diversos suplementos y revistas. Llevaba la vida póstuma de un autor que ya había dado todo y cuya obra estaba condenada al olvido. Ahora se consideraba un escritor retirado. Se negaba a reconocer que había fracasado: ahí estaban sus libros, bosquejos de obras que irremediablemente se alargaban bifurcándose en diversas tramas y subtramas. Cuentos que eran bosquejos de novelas, relatos que al avanzar iban destruyendo lentamente lo narrado.

Resuelto como tantas otras ocasiones en su vida a cambiar de hábitos, Daniel se levantó del diván, se enfundó los viejos pantalones de mezclilla, se puso una playera raída y se dirigió al espejo del baño. Su rostro era feroz: la barba de varios días, los ojos inyectados tras los espejuelos, los

evidentes resabios de las resacas de las noches anteriores; en suma, su cara, aquello que mostraba al mundo, tenía algo más de animal que de humano. La nariz de camello y el color de agua sucia y verdosa de sus ojos aumentaban la animalidad de su expresión, y sobre todo esa sensación, tantas veces captada por él mismo y por algunos de sus conocidos, de que algo, alguien más, se escondía detrás de su mirada.

Daniel vivía en un pequeño departamento que miraba al zócalo de Coyoacán, a unos pasos de las librerías, de los cafés y restaurantes que frecuentaban los miembros de la comunidad artística y literaria local: snobs a los que Daniel despreciaba. Determinado a cambiar aunque fuera un ápice su comportamiento cotidiano (a esas horas, las diez de la mañana, acostumbraba dormir una larga siesta obloviana), salió a la calle. El sol matutino le dio en pleno rostro. Era verano. De inmediato sintió su cuerpo pegajoso e informe. Una urgente necesidad de regresar a su diván lo invadió al percibir el aroma de las fritangas y al escuchar el sonido repulsivo del organillo, los gritos y las voces de los empleados de la basura y de los negocios aledaños, pero logró sobreponerse y se dirigió, con pasos cansinos, a la librería más cercana.

Hacía mucho tiempo que había dejado de acudir a las librerías. Había abandonado la lectura por la televisión y le repugnaba un poco el ambiente literario más por culpa que por convicción, si bien estaba convencido de que cada vez más personas así llamadas cultas preferían la pantalla al libro, a la exposición, a la obra de teatro. Miró distraídamente la mesa de novedades con desdén. La mayoría eran libros sin interés: novelitas para solteronas, manuales de autoayuda, ediciones recientes de algún autor más o menos conocido o reconocido. Siempre se interesaba por las nuevas ediciones de sus autores predilectos como Borges,

Kafka, Pessoa. Ahí estaban los nuevos libros de Auster y de Houellebecq, una nueva traducción de Sebald, el más reciente libro de algún autor local que conocía y al que se negaba a leer. Los miraba con distancia, como tratando de corroborar algo, no sabía bien qué, acaso la banalidad de todo aquello, la muda confesión de que en realidad despreciaba la literatura y que sólo le gustaban algunos libros, algunos autores, unas cuantas páginas y versos. Subrepticamente se acercó al estante de literatura mexicana y buscó alguna de sus obras. No le sorprendió su ausencia. Una mezcla de alivio y enojo, imposible de definir, lo invadió bajo la forma de un malestar físico. De pronto sintió que alguien lo observaba. Uno de los vendedores, situado a unos pasos de él, lo miraba detenidamente. Se sintió incómodo cuando el sujeto le sonrió como si lo conociera.

Se sentó en una de las mesas de la cafetería y pidió un exprés. Resuelto a dejarse llevar por la contundencia de los hechos cotidianos y banales, se dispuso a pasar un tiempo ahí, en un rincón, disfrutando de la luz de la mañana, de las muchachas que pasaban.

Nada sabía mejor que la primera taza de café por la mañana. Era una epifanía, como el primer beso, como las palabras iniciales en un cuaderno recién comprado. Al saborear el café y sentir la frescura de la mañana, una fuerte sensación de agradecimiento recorrió su cuerpo y su mente. Estaba vivo, había cambiado al menos un poco su rutina, podía esperar algo nuevo de la vida. Lentamente la crisis en la que se había sumido los últimos meses, acaso gracias a los medicamentos, comenzaba a ceder.

Al principio no le extrañó que el mesero le sonriera, pero de pronto notó que la gente lo miraba a su alrededor. Una mujer entrada en años le lanzó una mirada de curiosidad y simpatía. De pronto, se encontró con una chica de unos veinte años plantada de pie frente a su mesa.

—¿Daniel Macías?

La miró sorprendido. Escarbó en su mente, pero no logró encontrarla en su memoria.

—Sí... soy yo —respondió titubeante.

—Lo sabía... Mi amiga y yo —señaló con ojos vivaces y entusiastas a otra muchacha sentada en una mesa aledaña— nos estábamos preguntando si se trataba de usted.

La otra chica se acercó de inmediato y extendió sobre la mesa un libro abierto.

—¿Podría dedicármelo por favor?

Daniel sostuvo el volumen entre sus manos, cerró la tapa y lo miró. Un estilizado mapa astral proveniente de algún tratado hermético del Renacimiento servía de ilustración de la vistosa portada. El corazón le dio un vuelco cuando vio estampado su propio nombre y un título que no reconoció: *Memorias de un asesino*. En la solapa recordó una vieja foto suya con lentes oscuros mirando desdeñosamente hacia la cámara. Las muchachas aguardaron expectantes. Una de ellas le extendió un bolígrafo escolar. Presa del pánico Daniel se incorporó de inmediato, arrojó un billete a la mesa y salió a toda prisa, casi corriendo, en dirección de su casa. Recorrió la plaza a pasos rápidos, como un ladrón al que hubieran atrapado *in fraganti*. Cuando cerró la puerta de un golpe y se tiró en el diván, preso de la confusión, se dio cuenta de que todavía tenía entre sus manos el libro que llevaba su nombre y que no había escrito nunca.

LA AUTOPSIA

Buscó la botella de whisky que tenía escondida en un rincón de su librero, se sirvió un trago y revisó el extraño libro. Era una edición cara, de lujo, de pasta dura, de media carta. Constaba de doscientas sesenta y tantas páginas im-

presas en papel de buen gramaje, nada que ver con sus libros "verdaderos": ediciones baratas, de portadas anodinas. Este era un libro que le hubiera causado envidia de haber tenido la firma de otro autor. En la solapa, bajo su foto, leyó su propia ficha: lugar y fecha de nacimiento, obras publicadas. Todo concordaba.

Al tercer trago de whisky Macías se dispuso a leer de principio a fin aquel libro demoníaco. Era una pésima broma de la realidad. *Memorias de un asesino* constaba de un prólogo y los siguientes capítulos llevaban por título los nueve planetas del sistema solar con un interludio dedicado al cinturón de asteroides. La novela arrancaba con una frase contundente: "Nada es verdad, todo es posible: bajo estas páginas yacen todas mis mujeres". El narrador contaba, en el prólogo del libro, el descubrimiento de su vocación cósmica, que disfrazaba en realidad su necesidad de matar mujeres. Los siguientes capítulos iban desarrollando, en un plano narrativo y simbólico, los diferentes planetas y las mujeres que los encarnaban. La víctima dedicada a Mercurio, el hermafrodita, el perfecto platónico, era una adolescente al estilo de la Lolita nabokoviana, Venus era una modelo neoyorquina, la Tierra una bióloga que protegía a las tortugas de la extinción, Marte una psicoanalista con la que el personaje entablaba un combate encarnizado. A partir del cinturón de asteroides la novela pasaba, de un registro más o menos realista, a un plano mucho más onírico y fantástico. La segunda mitad de la novela, es decir, los sistemas exteriores, era una explosión de imágenes y recursos cada vez más fantásticos y surreales. Júpiter ya entraba de lleno en la soberanía del poder de la magia, mientras que Saturno era el dominio del tiempo y la melancolía. Urano era la metamorfosis, la revolución, mientras que Neptuno implicaba la inmersión en los sueños. La culminación en Plutón era una alucinante exploración del tiempo más

allá de la muerte, una especie de opúsculo narrativo posthumano que recordaba el final de *2001: Odisea del espacio* de Stanley Kubrick.

Pretenciosa y grandilocuente, aquella novela era todo lo contrario a lo que Macías había escrito, si bien había descubierto durante la lectura, dispersos aquí y allá, fragmentos, ideas, imágenes y estilemas que eran inequívocamente suyos. A pesar de ello ni la trama ni la forma podían atribuirse al autor de sus libros anteriores.

O bien aquella novela era una suerte de emanación, un objeto maligno, una proliferación incontrolada que constataba la existencia de otra realidad, o bien se trataba de un artefacto cuidadosamente elaborado con el fin de suplantar su propia obra, a él mismo, y de volverlo loco. En ambos casos tenía razones profundas para sentirse satisfecho: alguien, algo, había leído su obra de manera acuciosa y detenida: a fin de cuentas eso pide cualquier autor que se respete. Macías llegó a la conclusión —y aquí entraba la idea del estilo como código genético de la escritura personal de un autor— de que *Memorias de un asesino* era un virus, un cáncer, una enfermedad: la otra realidad se había filtrado en ésta por medio de aquel libro maldito. El hecho de que llevara su nombre era aún más siniestro: aquel libro marcaba la sentencia de muerte de su propia obra.

EL FANTASMA I

Ya era de noche cuando terminó la lectura. Apenas si reconocía su departamento. Se asomó por la ventana. El jardín de Coyoacán brillaba en la espesura del aguacero. A través de la miopía descubrió una figura detenida bajo el farol. Era evidente, por su posición, que lo estaba mirando. Buscó sus lentes y volvió a asomarse. Esta vez logró descifrar

sus movimientos. El sujeto se bajó la bragueta y comenzó a orinar. Sabía que Macías lo estaba observando desde la ventana. A través del ruido blanco de la lluvia alcanzó a escuchar una carcajada. Se estaba riendo de él, era evidente. El miedo ante lo grotesco de aquella presencia le impidió dirigirse a él. Estaba paralizado. El viento enfurecido comenzó a barrer la plaza. Acaso aquel sujeto era el verdadero autor de aquellas *Memorias de un asesino*. Quizás era él mismo, Daniel Macías, que se había desdoblado y ahora llevaba la vida de un paria y hacía aquellos gestos grotescos.

Reparó en la posibilidad de que alguien pudiera usurpar su lugar, pero se dio cuenta de que la paranoia, típica de la borrachera y de su enfermedad, comenzaba a afectarlo demasiado. Se empujó un par de lexotanes con lo que quedaba del whisky y se arrojó en el diván. Al otro día revelaría aquel fraude, metería a la cárcel al editor, lo acusaría de usurpación, de despojo, lo demandaría, le quitaría todo su dinero, pagaría sus deudas... sería feliz.

El llamado de las sirenas lo despertó al amanecer. Se asomó a la ventana. Alrededor de una de las bancas se juntaba un montón de gente. A través de los binoculares vio a un hombre encobijado. Era evidente que estaba muerto. Los paramédicos lo revisaban, pero el sujeto permanecía inmóvil. Bajó las escaleras preso del morbo, la curiosidad y de cierta sensación de pánico, y se sumó al grupo de curiosos que miraba el cadáver. Reconoció el rostro que había visto la noche anterior. Al cabo de un rato lo subieron a la ambulancia, rumbo a la morgue y Macías regresó a su casa.

SEÑALES

A intervalos de diez timbrazos seguidos por un breve silencio, el teléfono repicaba insistentemente. Quien llamaba

podría ser alguien que buscara el pago de una deuda o algo peor. Macías odiaba contestar el teléfono y la contestadora se había descompuesto desde hacía meses. Con horror constató que la novela firmada con su nombre todavía estaba ahí. Tocaron a la puerta. Al abrirla se encontró con un mensajero. De su voz nebulosa logró columbrar que venía del banco a entregarle una tarjeta. Señaló unos papeles. Debía firmar aquí y allá. Con gestos automáticos recibió un sobre y se dirigió al teléfono decidido a terminar con el escándalo. Una voz de mujer preguntaba por él.

—Mi nombre es Bibiana Torres García —pronunció sus apellidos como si significaran algo—... quisiera hacerle una entrevista en relación con su libro.

Colgó violentamente cuando al abrir el sobre se encontró con una cuenta bancaria con una suma espantosa de dinero. Bastaba con firmar el reverso de la tarjeta para hacer uso de ella. En el estado de cuenta sólo se veía el depósito del total para la apertura por la Editorial Zodiaco, S. A. Presa de la resaca y el estupor Daniel se quedó mirando al vacío. En menos de veinticuatro horas se había enterado de que había publicado una novela que no recordaba haber escrito, y que ahora, merced a aquel libro apócrifo, había recibido una suma estratosférica, más dinero del que había soñado ganar en su vida. Pensó en sus deudas: el dinero del prestamista, lo del auto que le habían robado, lo que le debía a su familia, los meses de renta sin pagar. Su primer impulso fue salir al banco, sacar todo el dinero y largarse del país. Nada lo detenía. Pero también estaba la cuestión de su prestigio, de su nombre. El teléfono volvió a sonar con insistencia.

Volvió a escuchar la voz de Bibiana Torres García. Guardó silencio. Urdió un nebuloso plan. Se encontraría con ella en un lujoso restaurante al otro día para cenar. La periodista aceptó sin chistar. Colgó. Revelaría el fraude, pondría al descubierto la impostura, el complot en su contra

de quienes habían maquinado con fines turbios aquel escandaloso fraude. Acaso estaban lavando dinero, lo querían volver loco, lo estaban involucrando en algo sucio, algo raro estaba pasando. Quizás reivindicaría sus libros publicados, su obra verdadera.

DINERO

La tarjeta arrojada sobre la mesa con desdén ahora brillaba en la mente de Macías como una promesa. Recordó el viejo adagio: "ahí donde hay dinero debe de haber un crimen". No tardó en decidirse. Se vistió con rapidez, salió a la calle y se dirigió a un centro comercial. En los escaparates brillaban los objetos enigmáticos, impenetrables. Las camisas de lino, los sacos de algodón, los zapatos italianos, las gafas, las plumas: todo parecía vivo, palpitante, aureolado con el esplendor enigmático de piezas de museo. Lo único que lo separaba de todo aquello era una hostia rectangular de plástico. Macías pensó en la perfección del dinero. Ni siquiera la droga mejor refinada había alcanzado aquel estado de pureza. Abstracto, inasible, ahora el dinero era la quintaesencia de la magia, su sustracción hacia un ámbito intermedio entre el mundo y lo sobrenatural, su puesta en órbita definitiva. Un día los sucios billetes, las pesadas monedas, serían cosa del pasado, pertenecientes a una época arcaica, como la de aquel momento, cuando se paseaba por el centro comercial, como si observara piezas arqueológicas de una cultura remota, exótica y lujosa, consagrada al culto de los objetos. En la tienda de discos miró las novedades de música clásica, de rock, los dvd's. No sabía por dónde empezar. Finalmente se decidió por la primera compra: una colección de las obras de teatro de Samuel Beckett editadas por la BBC. Se dirigió a la caja. Un leve temblor lo recorrió

cuando la vendedora amablemente le entregó el paquete. Después vino la orgía. Una pluma *Mont Blanc* modelo Kafka fue su siguiente compra, luego un par de camisas y un portafolios Ermenegildo Zegna, un saco de gamuza de Hugo Boss y unos costosos lentes oscuros de Moschino marcaron el momento de la cúspide de su placer. En poco menos de una hora se había gastado, según sus cálculos, lo que ganaba en todo un año. El reloj Patek Phillipe, los zapatos Prada, la cafetera Krups ya fueron por pura codicia. Su cuerpo exudaba una extraña satisfacción. No tardó en encargarse un costoso *home theater* de Bang & Olufsen, al que siguieron montones de discos que iban desde música clásica y jazz hasta las últimas novedades de rock. Ya en la librería se armó de valor y se gastó el equivalente a diez colaboraciones en el mejor diario en el que había publicado sólo para comprar los cinco tomos del *Diccionario de mitología* de Yves Bonnefoy, el *Libro de los Pasajes* de Walter Benjamin, una edición facsimilar de la *Révolution Surréaliste*, las biografías de Joyce, de Freud, de Wittgenstein. Como no podía cargar con todo ordenó que le enviaran las mercancías a su casa. Completó aquella tarde de compras en un exclusivo restaurante, bebiéndose una costosa botella de Château Mouton Rothschild 1993 con la etiqueta de Balthus —cuyo precio rayaba en el escándalo— y un jugoso *Rib Eye* con papas fritas y ensalada. Celebró en secreto aquel ritual con algunos vasos de whisky de malta. La tarjeta era la llave del universo. El placer que le había causado firmar baucher tras baucher era muchísimo mayor que la idea de poseer tal o cual cosa. Estaba ahíto, en la cima del placer.

Como nuevo rico, en el baño del restaurante, se puso una de las camisas, se calzó los costosos zapatos y regresó a su mesa con el saco de cuero que acababa de comprar. Había dejado la raída playera y los tenis usados en el bote de basura. En un cajero automático corroboró que pese a que

se había gastado una suma estúpida de dinero, apenas si había probado la punta de un enorme pastel destinado sólo a él por un libro que ni siquiera reconocía como suyo.

EL INTERROGATORIO

La espera en la Taberna del León era torturante. Sólo hasta el tercer whisky pudo sentirse ligeramente en calma. Debía decir la verdad: que aquel libro no era suyo, que se trataba de un probable complot urdido vaya a saber al servicio de qué clase de intereses. Pero al mismo tiempo se sentía orgulloso: nadie se había interesado en sus obras verdaderos. Ahora aquel libro lo situaba en una posición de fuerza. ¿Y si reconocía la novela como de su autoría y de ese modo lograba que se reeditaran sus piezas anteriores y sólo después, pasados los años revelaba la verdad? ¿No era acaso lo que necesitaba, un poco de atención?

Cuando Bibiana Torres García llegó al restaurante, Macías estaba ligeramente borracho. Era una mujer muy hermosa: menuda, sólida, de facciones estilizadas que recordaban los rostros orientales. Un fotógrafo les tomó algunas instantáneas. Los otros comensales voltearon a verlo con sorpresa. La escena halagaba su vanidad. Una vez que el fotógrafo se hubo marchado, Bibiana le clavó la mirada a través de unos costosos lentes Cartier y sacó una pequeña grabadora. Macías se sintió acorralado. La agradable burbuja de relajamiento que le había provocado el alcohol se había disuelto. Un ligero temblor recorría su espalda. A pesar de ello toda la soledad que había sentido durante los últimos meses por unos instantes se había desvanecido. La fama, el prestigio, el dinero, terminaron por vencer sus resistencias.

—Háblame de tu novela.

Macías respiró profundo y dijo:

—Yo no soy el autor de *Memorias de un asesino*.

La mujer le lanzó una mirada irónica.

—¿Te refieres a que eres otro cuando escribes? ¿La idea de la ausencia del autor forma parte de tus obsesiones?

Blanchot, Barthes, aquella chica se sabía muy bien el guión de su entrevista.

—Creo que la noción de autor está cambiando —afirmó perentoriamente no sin sentir un escalofrío de inseguridad recorriéndole el cuerpo—. Vivimos en una época en la que el autor está muy sobrevalorado.

—¿Podrías abundar en esto? —respondió Bibiana con fría distancia.

—Lo que quiero decir —continuó Macías— es que la literatura, como alteridad irreductible, como otredad absoluta, ha dejado de existir. Hoy abundan los autores y escasean las obras. La literatura actual está sobredeterminada por la noción de autor, por la idea totalmente caduca del estilo. Han existido épocas en que el autor no es más que un nombre al que se le atribuyen las obras, piensa en la Biblia o en Homero. En otras épocas, era de muy mal gusto firmar una obra, un ejemplo es el siglo XVIII. A diferencia de lo que ocurrió con los grandes escritores del siglo XX, como Kafka, Pessoa o Borges, en cuya obra desaparece la noción misma de autor merced a una estrategia de distanciamiento; hoy prevalece todo lo contrario: la voz personal, la huella del Yo real incapaz de separarse del Yo de la ficción, que es relativo, delicado, casi intangible. Esos autores, y otros como Beckett, Musil, Elizondo, el mismo Cortázar, autores todos ellos muy queridos para mí, intentaron prescindir de la idea de autor para sumergirse en la alteridad, y creo que lo lograron.

Macías tomó un trago de whisky, encendió un cigarrillo y continuó hablando. De pronto fue como si regresara a sus épocas como profesor de literatura.

—Eso es lo que he estado buscando desde mi primer libro, *Los eclipses*, que no es sino un pastiche de géneros como la novela policiaca, la ciencia ficción, el relato fantástico, la literatura erótica.

Al decir esto miró a los ojos a Bibiana. Se movía como pez en el agua. Macías pensó que citando sus obras anteriores, sus libros propios, podría situarse en una posición más cómoda.

—*Memorias de un asesino* —continuó Bibiana— ahonda esta idea, ¿no es así? Por fin encontramos un libro tuyo donde has abandonado el estilo para colocarte la máscara del asesino. No es fácil para un escritor despojarse de su propia identidad para que surja otra cosa, la poesía, si bien en este caso atroz: la literatura absoluta, como le llama Roberto Calasso.

Bibiana abrió la novela, buscó en una de las páginas marcadas con unos elegantes separadores y prosiguió:

—Permíteme citar estas palabras: "El Yo no es más que una categoría histórica, como Dios, la alquimia, la metempsicosis, algo que terminará por desaparecer, como la dialéctica o la relatividad..." Cuando escribiste esto, ¿pensabas en los juegos de lenguaje de Wittgenstein, en los libros apócrifos de Borges, en los heterónimos de Pessoa, en la idea de máscara, de *Personæ*, tan cara a Ezra Pound?

Macías guardó silencio y la miró a los ojos. Se había metido en una trampa retórica. Como si de pronto un río se hubiese abierto paso en su cerebro dejó seguir la línea de su pensamiento sin medir las consecuencias. Sabía perfectamente la razón de seguir la corriente, de rendirse ante la idea de que había escrito un libro que no era suyo. El dinero, la fama, el ser tomado en cuenta, la posibilidad, cada vez más al alcance de su mano, de llevarse a aquella mujer a la cama... Todo aquello lo hizo asumir tácitamente que él era el autor del libro. Dio un par de tragos de whisky, se acomodó en su asiento y continuó:

—Cuando escribes un libro ambicioso, una novela en la que has depositado años de trabajo —Bibiana lo miró con el arrobamiento de una discípula—, que sabes que está pugando por nacer y abrirse paso en el mundo, como una entidad autónoma que ha cobrado vida propia, lo único que puedes hacer es dejarla que crezca, que se desarrolle, porque se trata de algo vivo, como un árbol de fuego, el llamado de una zarza ardiente.

—¿Y qué opinas del ambiente literario actual?

—Lo único que puedo responder a eso es que no leo a mis amigos por temor a perderlos.

Bibiana lo miró con admiración y eso era lo que estaba esperando. Qué importaba si lo que acababa de decir era cursi, obvio o un gigantesco fraude: había logrado aquel efecto en aquella mujer joven y hermosa. El pacto había sido firmado. Lo que siguió después fue casi automático: el llamado del instinto en su forma pura. Macías pidió la cuenta e invitó a Bibiana a proseguir la entrevista en su departamento, a lo que accedió gustosa.

Rápidas escenas de sexo casual, con sus desafíos, susurros, rendiciones, victorias y orgasmos se sucedieron vertiginosamente. Su cuerpo dócil cedía a las peticiones de Macías. En el espejo, frente a su cama, sus duplicados repetían aquellas escenas y su visión le provocaba una excitación mayor, aunque también estaba consciente de que aquellos reflejos, de algún modo, reproducían la farsa en la que estaba irremisiblemente sumergido.

Al cabo de un tiempo indefinible, y mientras fumaban un poco de marihuana, Bibiana volvió a la carga:

—Dime tu secreto, abre tu laboratorio, cuéntame cómo nació la idea de tu novela...

Tenía que confesarlo: era un cerdo revolcándose en la mierda y lo estaba disfrutando. Sí, era un gran escritor, dueño de la mejor prosa de la lengua española; sí, era el autor

de *Memorias de un asesino*, el éxito del momento; sí, repitió mentalmente, ya no era muy distinto a una celebridad del cine porno o al protagonista del último *reality show*. No era la literatura la realidad superior a la que buscaba acceder, no era aquel distanciamiento hipócrita, aquella desdeñosa relación con el medio literario que escondía su impotencia, su envidia ante los logros de los demás. Su decidida vocación por la alta literatura, por el rigor, no eran otra cosa que una máscara que ocultaba su avidez por el dinero, las mujeres, el éxito. Al fin y al cabo Freud y Lacan, en su grosería teórica, en su miseria intelectual, tenían toda la razón: el artista sólo crea para ser deseado por los otros. Pensó en la mirada joven plena de lascivia y admiración de Bibiana, en la impresión de potencia infinita que lo había invadido cuando sintió la tarjeta de crédito en sus manos, esa sensación de puertas que se abren, esa erección de la personalidad que sólo pueden dar el dinero, la admiración y la fama.

EL FANTASMA 2

En la madrugada, una vez concluida la entrevista y luego de otra extenuante calistenia sexual, la culpa comenzó a invadirlo como una infección abstracta. En unas cuantas horas había sellado su destino y había firmado un pacto fáustico. Había vendido su obra, diecisiete años de fidelidad a la literatura, por dinero, fama, lujuria y tendría que asumir las consecuencias. Había echado a andar una maquinaria que ya no sería capaz de detener.

Sigilosamente se dirigió a la ventana de la sala. Estaba inquieto, un vago desasosiego lo invadía. El whisky y la mota sólo habían logrado exasperarlo más. La idea de arrojar por la ventana la grabadora de Bibiana cruzó por su mente. Afuera transcurría una noche perfecta, repleta de

estrellas, con una luna árabe flotando como una uña que desgarraba la piel de la noche.

Bajo el farol descubrió al sujeto que había visto la noche anterior. Oculto en la penumbra, como si se tratara de un criminal (¿quién?, ¿el muerto?, ¿su doble?), buscó sus binoculares y se puso a observarlo. Esta vez logró descifrar su rostro. No había duda. Podía ser el gemelo del hombre que había visto el día anterior muerto en una banca. ¿Sería acaso él mismo? ¿Se había desdoblado para convertirse en otro? ¿O sería el verdadero autor de la novela que había venido a espiarlo a su vez? De todas las explicaciones posibles a la autoría verdadera de *Memorias de un asesino*, aquella era la más literaria, es decir, irreal por naturaleza, y al mismo tiempo, y paradójicamente, la más plausible. De súbito el timbre del teléfono rasgó el silencio como el siniestro gemido de un fantasma. Descolgó de inmediato. A través del auricular escuchó el sonido ambiente de un lugar abierto. No se atrevió a hablar. El sujeto bajo el farol sostenía un teléfono celular que brillaba con luz verdosa, era como si tuviera en la mano un puñado de luciérnagas eléctricas.

—Sabes perfectamente quién habla —era una voz neutra, vacía, como una transmisión proveniente del espacio exterior. Macías podía escucharla tanto a través del teléfono como un lejano susurro desde la ventana.

—No es necesario fingir... Soy eso que no quieres nombrar, soy la sombra que no te atreves a ver.

Daniel guardó un silencio empecinado. No quería despertar a Bibiana.

—Sólo quiero cerciorarme —continuó la voz— de que estás consciente de lo que acabas de hacer, la decisión que acabas de tomar. ¿Estás consciente de eso?

—¿Eres el verdadero autor...?

—No, no —contestó la voz emitiendo el suspiro de una risa contenida—. Respuesta equivocada. ¿Sabes lo que acabas de hacer? ¿Estás dispuesto a asumir las consecuencias?

—No sé de qué habla —la impaciencia y el pánico se habían mezclado para causarle el efecto de un mal viaje.

—Cuando sepas de lo que estoy hablando habrá llegado el momento. Mientras tanto disfruta de tu fama, de tu gloria.

El tono de la voz había llegado al sarcasmo.

Colgó el teléfono. El sujeto bajo el farol guardó el celular y se alejó riéndose hasta desaparecer entre los arbustos. Escudriñó el área durante algunos segundos gigantescos, pero no logró dar con él. Había desaparecido.

Resuelto a resolver el enigma de aquel sujeto de una buena vez, Macías se envolvió en una manta y bajó las escaleras para enfrentarlo. En aquella sombra estaba la clave de todo aquel embrollo. Descalzo, en medio de la plaza, miró a su alrededor preso de un ataque de súbita agorafobia. Escuchó un ruido de pasos. Buscó a su alrededor. Ahí estaba el sujeto, a unos metros de él. Cada vez que se acercaba, el otro reaparecía unos metros, apenas unos cuantos, más adelante. Sus carcajadas resonaban como si se encontraran dentro de una caverna. Su corazón latía furiosamente, hasta que no pudo más y cayó al piso. Con la certeza de las pesadillas se dio cuenta de que se estaba muriendo. Se arrastró hacia una de las bancas metálicas y se arrebujó en un rincón para procurarse un poco de calor. Alcanzó a mirar el cielo. Llovían estrellas. Rasgaban el firmamento como luciérnagas remotas. Alcanzó a distinguir algunas constelaciones. Fue lo último que se quedó grabado en su mirada.

Al amanecer los barrenderos descubrieron su cuerpo inerte. Había llegado la hora de la fama y la fortuna.

Desde lo alto de su departamento un hombre con binoculares contemplaba el suceso. Junto a él, sorprendida, una mujer semidesnuda observaba la escena.

CUARTETO

En algún rincón de mi computadora, oculta entre diversos archivos, guardo una serie de fotografías de nuestros amigos Greta y Günther. En una de ellas pueden verse detenidos frente al crepúsculo color malva, dando la impresión de ser perfectos y felices: una pareja de turistas europeos en tránsito por el país en busca de playas, paisajes exóticos y aventuras extramaritales.

Mi mujer y yo nos encontrábamos en una época de la vida en la que aparentemente ya no esperábamos nada, pero secretamente andábamos en busca de todo. Habíamos decidido ir a una de esas playas de turismo ecológico que combinan el encanto de las enramadas de nuestra juventud con las comodidades que requieren las personas de nuestra edad. Y ahí, en un hotel frecuentado por un turismo mayormente extranjero, fue donde dimos con Greta y Günther. No fue difícil entablar conversación con aquella pareja bastante más joven que nosotros. Nos pasábamos los días flotando en las hamacas, leyendo libros propios de las vacaciones, comiendo mariscos y bebiendo cerveza frente al mar, a menudo dormitando o contemplando, extáticos, las diversas modulaciones de la luz al recorrer el día. Se acercaron a nosotros, lo recuerdo bien, como cualquier pareja extranjera en busca de conversación. Primero fueron los intercambios de sonrisas, luego comenzamos a entablar las típicas conversaciones triviales que se dan en estos casos. Nuestros encuentros en la enramada frente al océa-

no, se convirtieron en la típica conversación banal acerca de la playa, el mar, la puesta del sol. Ni mi mujer ni yo somos muy sociables y por aquel entonces queríamos estar solos. Sin embargo aquella pareja de alemanes todo el tiempo andaba en nuestra busca. Era evidente que querían algo con nosotros.

Greta había estudiado literatura en la Universidad abierta de Berlín y Günther era un fotógrafo profesional que coleccionaba imágenes de diversos lugares del mundo. No fue difícil darme cuenta de que Günther atraía a mi mujer, quien no dejaba de mirar, discreta, pero insistentemente, a través de los lentes oscuros, su alargado y alto cuerpo atlético, de una perfección natural, que no había necesitado de largas sesiones de pesas ni de esos ejercicios y sustancias que prometen un futuro saludable y pasteurizado que nunca va a llegar. Günther era un hombre de mirada distraída, un poco estrábica, que daba la impresión de estar pensando siempre en otra cosa. Con la barba descuidada y los *shorts* recortados de un viejo pantalón de mezclilla, recordaba a un náufrago, un *hippie*, o un naturalista de otra época.

Greta ejercía sobre mí sentimientos encontrados. Su perfección me producía una suerte de repulsión y fascinación, una especie de deseo sórdido. Su mirada, de un azul intenso, daba la impresión de congelar un vaso de agua con sólo mirarlo. Sus senos erguidos, su cintura estrecha, sus caderas sinuosas y perfectas, me resultaban casi insoportables. No era posible que existiera un cuerpo así, como salido de una revista de modas. Lo más impresionante eran los rasgos de su rostro, de una gélida belleza, una especie de arquetipo viviente que recordaba las imágenes de Claudia Schiffer, Giselle Bündchen o de Eva Herzigova. Tampoco ella había necesitado de nada para lograr esa belleza. Ninguna operación podría lograr aquellos resultados.

Al contemplar ahora, en la glauca pantalla de mi computadora, la bahía de su vientre, mientras su cuerpo flota ingrávido en la hamaca y al fondo una ola inmóvil, siempre a punto de reventar, se vislumbra a lo lejos, me viene el sabor lejano de su sexo, como si hubiera una complicidad secreta entre la humedad de la mirada, del deseo y la memoria.

Había algo perverso en aquella pareja de una belleza irrefutable. En ese momento creí que no sólo era la extraña perfección de ambos lo que me molestaba, sino esa juventud lozana, que me recordaba los tiempos despreocupados en que el futuro era algo nebuloso y carente de sentido: envidia pura. Después me di cuenta de que algo mucho más oscuro y secreto me inquietaba.

Todo sucedió de manera fugaz, como un relámpago, un flash, una breve caminata por la superficie de otro mundo. Atardecía. Mientras mi mujer y Günther comenzaron a conversar acerca de las diversas tonalidades del crepúsculo, Greta y yo abordamos, de manera natural, los temas literarios. Las coincidencias nunca son azarosas y suelen combinarse de manera sorpresiva. Es por ello que no me pareció extraño que ambos nos dedicáramos a la literatura. Según me contó, se había graduado con una disertación sobre *El hombre sin atributos* de Robert Musil y era una fanática de la poesía de Geörg Trakl, sobre todo de los últimos poemas, los del volumen póstumo titulado *Sebastian in Traum*, que le parecían el equivalente a Rimbaud en lengua alemana y muy superiores a Rilke en cuanto a hondura y musicalidad. Sus muslos apiñonados brillaban en el crepúsculo y al darse vuelta para broncear su espalda y contemplar su hermoso trasero de muchacho, cubierto por un pareo de seda, vinieron a mi mente imágenes de Gustav Klimt y Egon Schiele. Mientras tanto podía escuchar las risas y murmullos de Günther y mi mujer. Luego los vi salir juntos a caminar por

la playa. Al verlos desaparecer recuerdo que sentí la aguda mordida de los celos, pero pronto me dejé llevar por la conversación.

Cuando supo que estaba escribiendo un pequeño libro sobre Shakespeare, Greta pareció interesarse, o al menos simuló estarlo. Le conté que estaba trabajando en un ensayo acerca de la génesis del tema del doble en literatura moderna como una suerte de derivación del hermafrodita, tal y como lo habían concebido los alquimistas y cabalistas de los siglos XVI y XVII, y que este tema, la lucha del andrógino por separarse y/o reintegrarse en una sola entidad, recurrente en el barroco y la literatura esotérica de la época, podía encontrarse en muchas de las comedias y tragedias shakespearianas. El doble, según mi hipótesis, no nacía con Hoffman, Poe ni Dostoievsky, sino mucho antes, y definitivamente era más complejo y profundo que tan sólo el paradigma inicial de la moderna novela psicológica. Luego hablé de manera entusiasta de la Cábala y de su influencia subterránea en la literatura, el pensamiento y el arte del barroco y del manierismo. El punto culminante de nuestra conversación llegó cuando me preguntó, sofocando un bostezo de evidente aburrimiento, si yo era judío.

Guardé silencio unos instantes pensando cómo responderle. Mis orígenes siempre han sido problemáticos y confusos. Le expliqué lo que era el mestizaje, y que como cualquier habitante de México, cargaba con una herencia genética de muy variadas procedencias. Le dije que entre mis antepasados había una abuela judía, probablemente de Argelia o de Marruecos, de la que apenas si había algún registro —una *Menorah* oxidada, una descabalada Biblia en caracteres hebreos— y que aquel origen difuso se había mezclado con la sangre india y española, pero que en resúmenes cuentas el tema de los orígenes me interesaba muy poco pues estaba convencido de que la historia y la vida,

como sugería Nietzsche, debían leerse a partir del momento presente en dirección del pasado y no al revés, como hacían los historiadores.

—Sí, lo importante no es el origen, sino el destino —respondió con agudeza—. Me pregunto cómo será tener una herencia como la tuya —continuó en un tono distraído, casi melancólico y se quedó pensando, oculta tras el antifaz de sus lentes oscuros mientras el sol inflamado del atardecer nos bañaba con su luz enrojecida como un ojo excesivamente inyectado, hundiéndose en el párpado de acero que formaban el mar y el cielo.

Al cabo de un rato, Günther y mi mujer regresaron entre risas y carcajadas. Acababa de anochecer. Era la hora de ducharse y descansar del sol. Poco antes de despedirnos vimos una luz cruzando el horizonte a una velocidad inusitada. Un ovni, bromeó Günther antes de explicarnos que se trataba de la Estación Espacial Internacional, y que si nos quedamos el tiempo suficiente podíamos volverla a ver porque orbitaba la Tierra varias veces al día.

Más tarde mi mujer y yo intercambiamos impresiones bajo el fresco del ventilador de nuestra habitación. La marihuana nos relajaba y permitía un diálogo calmado, sin sobresaltos. Mis sospechas eran correctas: era evidente que estaba entusiasmada con Günther.

—¡Qué guapo es Günther! —exclamó en algún momento y como sin querer me preguntó si yo estaría interesado por Greta.

No supe qué responderle y me quedé pasmado como un niño al que sorprenden en una travesura. Mi rostro enrojecido y mi silencio incómodo no hicieron sino acentuar aún más las cosas. A una edad en que ya era muy difícil enamorarme de alguien que no fuera mi mujer, y sobre todo tratar de ocultarle lo evidente, era ridículo que lo negara. Sin saberlo, ni buscarlo, ni esperarlo habíamos atravesado la

sutil barrera que divide a las parejas hipócritas de las que ya conocen las artimañas del deseo. Lo que vendría después no fue, por lo tanto, ninguna sorpresa.

—¿Te escandalizaría que les propusiéramos un intercambio de parejas? —me dijo clavándome los ojos. Yo guardé silencio unos instantes, como tratando de encontrarle el sabor a un vino muy extraño—. Mira —prosiguió con calma—: ya estamos grandes y estas oportunidades se van a ir haciendo cada vez más difíciles de encontrar. Un día a lo mejor nos vamos a arrepentir.

—¿Y tú crees que yo le atraigo a ella? —repliqué tartamudeando.

Me sentía en un drama de Harold Pinter o en un cuento cínico de Truman Capote. Mi mujer me echó una mirada de lástima sutil.

—No sé si eres tonto o te haces —dijo aspirando el humo y aguantando unos segundos la respiración—. Es evidente que le gustas. Ustedes los hombres siempre se hacen una maraña de dudas al respecto. Cuando le interesas a una mujer es más claro que el agua, me extraña que seas tan ingenuo. Si no, explícame por qué se pondría a escuchar tus rollos acerca del doble, el andrógino y demás en una playa, frente al mar. No creo que para intercambiar ideas profundas. Si yo me fui a caminar con Günther a tomar fotos y a conversar de arte fue simplemente porque me atrae. Un hombre guapo y joven al alcance de la mano.

Así fue como me enteré que ya se había puesto de acuerdo con Günther, y que Greta seguramente estaba totalmente consciente del asunto. Lo habían hablado todo, desde la forma de abordarlo con nosotros, sus respectivas parejas, hasta detalles como la distribución de las habitaciones. Entonces, me confesó que alguna vez había tenido una experiencia semejante con una pareja de su juventud y sugirió que una aventura así podría fortalecer nuestra

relación. Un espeso sopor me fue ganando lentamente en la oscuridad, bajo el aire del ventilador, pensando "y ¿por qué no?", como un mantra que me condujo a un sueño profundo y sin imágenes.

Desperté un par de horas más tarde. Pasaba de la medianoche. El sonido del oleaje afuera era lento y apacible. Mi mujer no estaba. De pronto tocaron a la puerta. Al abrir vi a Greta con una botella de vino blanco en una cubeta con hielos. Traía puesta una bata de baño y debajo sólo un breve calzoncito negro que acentuaba su cuerpo estilizado. Al despojarse de la bata sus senos altos y perfectos me miraron directamente a los ojos. En la penumbra, iluminados por la luz de la luna, nos besamos y tocamos largamente. Hicimos el amor primero de manera calma y sin prisa, tomándonos nuestro tiempo, reconociendo el cuerpo ajeno como si se tratara de un viaje por otro planeta. Después las cosas se tornaron cada vez más tempestuosas. El vino y la marihuana habían hecho de las suyas. Recuerdo el sabor de su sexo y sus movimientos elásticos y felinos. Al cabo de un tiempo, imposible de medir, estábamos agotados y contentos, mirándonos a los ojos, sorprendidos como dos adolescentes. Me sentí de pronto muchos años más joven. Recuerdo que fui feliz aquella noche.

Mientras fumaba un cigarrillo, sin saber de qué hablar o qué decir, Greta me contó una historia mucho más increíble y bizarra que la que estábamos viviendo en esos momentos. No dudó en comenzar con una confesión: Greta y Günther eran hermanos gemelos. Sus padres, a su vez, también habían sido gemelos, lo mismo sus abuelos. Aquella historia de incestos se remontaba hasta fines de los años

veinte, cuando sus bisabuelos, aristócratas de una rancia familia vienesa, hermanos también, se habían sentido atraídos por el nazismo desde el principio y por la idea de la superioridad aria sobre todas las demás así llamadas razas de la tierra. En algún momento Greta pareció confirmar este prejuicio al afirmar que la cultura germana había dado más a Occidente que ninguna otra, "incluyendo —así dijo— a los judíos alemanes", desde Beethoven hasta Einstein y de Mozart a Sigmund Freud, pasando por Nietzsche, Mahler y Paul Klee.

Amigos personales de Albert Speer, el arquitecto de Hitler, y frecuentes anfitriones de Himmler y del doctor Mengele, los bisabuelos de Greta y Günther llegaron a convencerse de que sólo por medio de las cruzas endogámicas, de la combinación de los ejemplares "más hermosos y superiores" (esas fueron sus palabras), se podría llegar a una suerte de "cristalización" de la raza aria. El mismo Führer se había entusiasmado con la idea. Se necesitaba de la creación de una nueva estirpe racial que permanecería como una suerte de "casta sacerdotal" en el sentido de las casas gobernantes del antiguo Egipto. Esta élite, si bien no regiría los destinos del imperio, fungiría como una suerte de "nobleza aria" que serviría como un modelo proteico, de arquetipo, a la manera de las familias reales europeas.

Le pregunté si se trataba del proyecto *Lebensborn*, el famoso experimento ideado por Himmler para cruzar a soldados nazis con mujeres noruegas. Greta me dijo que *Lebensborn* era una parte mínima del experimento, el otro era secreto y sólo era conocido por unos cuantos médicos y algunos de los miembros más altos de la jerarquía nazi. Unas cuantas parejas seleccionadas por Mengele y otros científicos, cuyas "cepas" fuera posible rastrear hasta las estirpes más antiguas de los germanos, serían escogidas para reproducirse entre sí. Los documentos de este experimento secre-

to, del que nunca había oído hablar, y que al decir de Greta contenía los registros de todas las parejas arias, fueron destruidos poco antes de la entrada del Ejército Rojo en Berlín en 1944, paralelamente a la aceleración de la *solución final*, el exterminio de todos los judíos, de modo que todos los "especímenes" fueron enviados a diversos lugares del mundo con identidades falsas y sustanciosas cuentas secretas en bancos de Suiza. Así fue como los abuelos de Greta y Günther fueron enviados a un exclusivo internado en Lucerna y fue ahí donde, gracias a sofisticados experimentos con hormonas, nacieron sus padres a principios de los años cincuenta.

Los padres de Greta y Günther permanecieron ocultos en Suiza y pertenecían a esta sociedad secreta y sin nombre, dispersa en lugares tan lejanos como Ciudad del Cabo, Australia, Inglaterra, Estados Unidos, Argentina y Brasil, donde sus miembros, aún hoy, pasaban como alemanes comunes, a menudo miembros activos y destacados de sus comunidades. La educación era fundamental y cada "reencarnación", como se llamaba al producto de las cruza, debía de tener un estricto y riguroso conocimiento de la música, el arte, la literatura y la "ciencia" alemanas. Algunos de ellos se habían quedado en ambos lados de Alemania y Greta sabía, por ejemplo, que la *Stasi*, la siniestra policía política de Alemania Oriental, mantenía una pequeña colección de "ejemplares" como parte de sus experimentos con seres humanos. Todos ellos tenían la consigna de reproducirse incestuosamente, a la espera de un momento adecuado para regresar a Alemania, cuando los nazis regresaran al poder. Por supuesto desde el principio se habían dado taras y malformaciones, algunas de ellas atroces. Sin embargo, en la mayoría de los casos, las "reencarnaciones" se habían llevado a cabo exitosamente y sin sobresaltos. Una comisión secreta había supervisado los nacimientos e incluso elabo-

rado un registro del código genético de todos y cada uno de los ejemplares.

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, la caída del muro de Berlín y las transformaciones en los países de Europa oriental en los años noventa, fortalecieron a los movimientos supremacistas arios. Para nadie es un secreto que a raíz de estos cambios resurgieron los odios raciales y el nacionalismo irracional en países como Alemania, Serbia, Albania, Rumania y Rusia: excelente caldo de cultivo para que los descendientes del experimento pudieran seguir viviendo bajo el cobijo de una vasta red que mantenía sus identidades en secreto. El antisemitismo, los movimientos antiislámicos, o la continua repulsa a lo extranjero, no sólo continuaban, sino florecían como hongos venenosos a lo largo de toda Europa.

La conclusión del genoma —el mapa genético de la especie humana— lejos de evitar la aberración de seguir con estas prácticas endogámicas, les había dado un nuevo giro. Algunos sostenían que una vez llegados al punto de la máxima pureza racial, se procedería, en un futuro muy cercano, a la clonación de los mejores “ejemplares” para preservar de este modo la perfección de la raza aria ya cristalizada, dando un giro definitivo a las “reencarnaciones”. Sin embargo, habían surgido diversos debates, ya que también se pensaba que en algún momento, luego de múltiples cruces entre hermanos gemelos, se llegaría naturalmente y sin necesidad de la biotecnología, a la reencarnación definitiva del arquetipo ario, una suerte de modelo sagrado que con su sola presencia sería capaz de refundar el *Reich* de mil años que había soñado Hitler en sus delirios, atrayendo a un sinnúmero de adeptos por todo el mundo.

Recostada junto a mí en aquel remoto cuarto de hotel junto a la playa, y mientras el mar respiraba más allá de la ventana, Greta me confesaba su historia sin sobresaltarse

en lo más mínimo. Yo la verdad no sabía qué pensar. Todo aquello me parecía una abominación. Me aventuré a preguntarle cuál sería la razón por la que Greta y Günther, dos seres que se suponían —y creían— perfectos habían llegado al punto de querer jugar al intercambio de parejas con mi mujer y conmigo, sus negativos biológicos, ejemplos típicos de la mezcla y la continua variación genética.

—Precisamente eso es lo que estamos buscando: salir de esto, ¿no te parece lo más obvio? Günther y yo nos fuimos hace unos años, cuando fuimos lo suficientemente maduros como para darnos cuenta de esta atrocidad. A espaldas de nuestros padres, que nos suponen muertos en un accidente automovilístico, falsificamos nuestras identidades y desaparecimos. Sólo queremos mantenernos al margen. Denunciarlos nos metería en problemas mayores. De cualquier forma, ¿quién podría creer nuestra historia? No hay registros, nada que compruebe que somos hermanos, sólo podríamos comprobarlo por medio de una prueba de ADN, en cuyo caso seríamos vistos como conejillos de indias. También corremos el riesgo de convertirnos en objetivos militares perfectamente legítimos. ¿Sabes lo que pagaría el Mossad, o alguna de las organizaciones neonazis dispersas por el mundo por esta información y, sobre todo, por nosotros?

Al acariciar la espalda de Greta noté que tenía tatuado en el hombro derecho un extraño dibujo que me provocó escalofríos: eran un par de signos relampagueantes, el típico monograma de las ss. Apenas si era posible observarlo, pero al tacto se sentía como una cicatriz indeleble, la marca de agua de un origen abominable. Al sentir la caricia de mis dedos me dijo:

—Günther y yo somos la prueba de que todo lo peor del siglo xx sigue existiendo en el siglo xxi. Ahora lo único que queremos es que nos dejen en paz. Günther necesita de

mí tanto como yo de él, estamos unidos por nuestro secreto, por el amor que nos tenemos, pero no podemos seguir con el absurdo de creer en las "reencarnaciones" y mucho menos podemos tener hijos. Evidentemente la idea de una raza superior nos parece una estupidez. Tardamos mucho tiempo en romper con esas ideas repugnantes y hoy sólo queremos vivir en el anonimato.

Greta me contó que eventualmente vivía de dar clases de alemán y Günther se las arreglaba vendiendo fotos para revistas de turismo, divulgación científica o de modas. Entre las pocas cosas que amaban de su pasado, además de la lengua alemana, la lectura de ciertos libros y su secreto compartido, era la música. De cuando en cuando tocaban a Mozart, a Bach, a Beethoven, Greta al cello y Günther al piano. Compartían esos placeres como hermanos, como amigos, como amantes, pero sobre todo como cómplices.

—Sin embargo, a veces, cuando queremos hacer el amor y tenemos oportunidades como ésta, hacemos lo que ha sucedido hoy.

Separarse estaba fuera de discusión, según me explicó Greta y en ese momento, en la penumbra, pude ver brillar sus lágrimas escurriendo como dos gotas de hielo sobre sus mejillas. Compartían su secreto y eso era lo que los mantenía unidos, más allá de todo, hasta la muerte. Sin embargo, eran jóvenes y querían llevar una vida común y corriente, como la de todos. Era lo único que le pedían a la vida.

Lentamente Greta se fue sumergiendo en el sueño, murmurando en su hermosa lengua: "una vida común y corriente, lejos de todo y de todos... una vida común y corriente..."

Después de escuchar aquella historia siniestra, traté de imaginarme lo que sería llevar sobre los hombros la historia de Greta y Günther, aquel ser andrógino partido en dos, condenado a mantenerse unido, llevando en los genes una

historia insoportable. Así fue como me expliqué también la obsesión de Greta por Musil y, de paso, la relación entre Ulrich y su hermana Agathe en *El hombre sin atributos*, pero sobre todo en la biografía de Geörg Trakl, el poeta incestuoso, protegido de Wittgenstein, que se suicidó con cocaína y cuya hermana (¡Grete!), lo siguió en su destino trágico poco tiempo después. Luego comencé a divagar en torno al incesto en la literatura vienesa, en los dramas familiares de Ibsen, Strindberg y Sigmund Freud, y también recordé a Nietzsche, ya sumergido en la locura, atrapado en las redes de su madre y de su hermana, evidentemente enamorada de él, hasta que me quedé dormido.

Al otro día Günther y mi mujer conversaban animadamente mientras desayunaban. Al parecer se la habían pasado muy bien la noche anterior y al cabo de un rato de conversación banal me di cuenta de que mi mujer sabía perfectamente todo lo que Greta me había contado. Pasamos aquel día juntos, un tanto callados, cansados, luego de una extenuante noche de sexo casual, cada uno evaluando la experiencia a su manera. Mi mujer parecía feliz y satisfecha. Esa noche Greta y Günther se despidieron de nosotros cariñosamente, dando muestras de un afecto real y profundo: después de todo habíamos hecho el amor con ellos la noche anterior. Salían rumbo a Yucatán y luego seguirían hacia el sur del continente, hacia donde el destino los guiara. Antes de despedirse nos tomaron algunas fotos y Günther nos recordó que no tardaríamos en ver pasar la Estación Espacial Internacional cruzando el cielo nocturno.

A nuestro regreso la vida entre mi mujer y yo siguió sin sobresaltos. A veces recordábamos a nuestros amantes con

un dejo de nostalgia, pero a decir verdad sin entusiasmo, más bien con una especie de agradecimiento por ayudarnos a seguir con nuestra relación y enriquecerla con una experiencia que no se ha repetido desde entonces.

Mi ensayo sobre el *Andrógino y el doble* se publicó en una pequeña edición que no le interesó a nadie y se perdió en el mar de libros que se escriben sobre Shakespeare cada año. Aquel libro era, sobre todo, una celebración de mi relación con mi mujer, a quien dediqué el texto. Ahora me doy cuenta de que gracias a ese libro y a la experiencia que tuvimos con Greta y Günther, la pareja arquetípica, habíamos logrado alcanzar una suerte de alquimia amorosa, y que de un modo secreto accedimos al andrógino perfecto, a la fusión total de dos personas en un solo ser.

Un año y algunos meses después recibimos un correo electrónico de Greta y Günther que contenía las fotos que documentaban nuestro encuentro. Ahí estaban, hermosos y perfectos, prototipos de una especie única, destinada a la extinción. Pero con las imágenes de ellos y nosotros venía una más, muy diferente: era un bebé que devoraba un pedazo de pan y que miraba hacia la cámara desde la cuna. Al notar el tono aceitunado de su piel, mi mujer dijo sin dudarle:

—Mira: un hijo tuyo —y me abrazó con ternura cómplice.

Ellos, al parecer, habían alcanzado, también, su propia solución alquímica. El único mensaje que acompañaba las fotos era un texto escueto y enigmático que rezaba:

“El ciclo de las reencarnaciones se ha roto”.

Nunca más supimos de ellos.

PLANTA DE SOMBRA

MANUSCRITO HALLADO A LA ORILLA DE UN ESPEJO

Este texto fue encontrado en un departamento abandonado. Hemos buscado en los registros del inmueble y sólo hemos dado con un nombre que ha resultado falso y unas cuantas referencias de los vecinos. Se dice que era un hombre solitario y que a veces se llegaban a escuchar voces, ruidos, gritos y gemidos hasta que un día cesaron. Los dueños del edificio, a falta del pago de la renta, decidieron abrir el departamento y sólo se encontraron con muebles inmutables, comida echada a perder en el refrigerador, botellas tiradas en el piso y nada más. El conserje refiere que el día que entró al lugar encontró una taza de café todavía humeante y un cigarrillo encendido en un cenicero, pero nadie ha querido creerle. A continuación reproducimos algunos fragmentos del extraño diario que dejó el huésped en la orilla de un espejo.

Aseveración primera: el mundo ha dejado de suceder.

He decidido que una mujer debe aparecer por mi deseo. La hipótesis, es preciso apuntarlo aquí, es la siguiente: el deseo produce reacciones concretas, más allá del cuerpo, del tiempo y del espacio, pero sobre todo de las leyes naturales. Algo, alguien, tiene que responder a este deseo. Por lo tanto es preciso desconectarse del mundo exterior y dejar que la otra realidad responda.

La televisión apagada me observa en mis quehaceres cotidianos. La lectura alivia un poco mis preocupaciones. Debo también dejarla, lo mismo que la música, cualquier cosa que pueda distraerme. Encerrado aquí, sin la intromisión del teléfono y de cualquier mecanismo externo, algo tiene que manifestarse. El silencio parece ser fundamental.

Es hora de describir mi improvisada zona de vacío. Es un departamento de unos setenta metros cuadrados, de techos bajos, ubicado en el undécimo piso de un edificio de departamentos común y corriente. Está la puerta de salida, que ya ha sido tapiada. Luego hay un espacio amplio que hace las veces de una sala comedor y luego la cocina. Un corredor conduce a mi estudio y a mi habitación ubicada al fondo. Entre ambos se ubica el baño. Muebles provenientes de diversas etapas de mi vida lo pueblan, a veces los sorprendo un poco absortos, acaso incómodos de haberse encontrado, como personas en una reunión a las que han llevado a la fuerza o por compromiso. Por ejemplo, en el estudio donde ahora escribo estas palabras (y tú, lector, estás también tratando de seguir sus letras y de descifrarlas), una moderna silla de respaldo alto parece tratar de retroceder frente a un escritorio anticuado e improvisado con la computadora al frente. La superficie es una puerta colocada sobre el esqueleto de un comedor antiguo que encontré un día en un basurero. Contrastan las patas talladas cuidadosamente con la superficie llana de mi mesa-puerta. Una puerta que, de abrirse horizontalmente, ¿hacia dónde llevaría? La sala no es menos contrastante. Un diván moderno coexiste con una vieja mecedora. Imagino a una abuela imposible psicoanalizándome mientras miro en dirección de la pared en blanco. El comedor es una pequeña mesa redonda con cuatro sillas rústicas que nunca ha servido para lo que fue diseñado. A través de las cortinas gruesas y viejas de toda la casa pe-

netra la luz del exterior. Gruesas capas de ese plástico con que se envuelven los objetos delicados para enviarlos por correo han sido colocadas sobre los cristales. Me muevo en la luz opaca, glauca, casi lechosa, y procuro hacer el menor ruido posible para no ser escuchado por los vecinos, lo cual entorpecería el experimento si a alguno de ellos se le ocurriera venir a tocar a mi puerta. Es lo más próximo al encierro total que he podido improvisar, con una salvedad: no he podido deshacerme de mi viejo refrigerador, un viejo armatoste que gime, gruñe y carraspea. En el congelador anidan siempre un par de botellas de vodka que son sustituidas por otras más en cuanto me las he bebido. Mi dieta, compuesta de frugales carnes frías, quesos y comida de lata, ya me ha provocado varios problemas estomacales. El teléfono, cuyo sonido diabólico he logrado suprimir, es una de las cosas que más detesto. En el piso, inmóvil, parece el fósil de un ser de otro planeta. De vez en cuando lo descuelgo y sonrío al escuchar su timbre neutro. También detesto a las computadoras, sobre todo a la red. Quienes la inventaron deben ser unos paranoicos que desconocen o pretenden anular el significado de la palabra soledad. No hay nada más siniestro que una máquina que te conecta con un universo fantasmal poblado de espectros. Todo eso de lo virtual es lo más parecido a la telepatía, la clarividencia o el espiritismo: lees el pensamiento de los otros, te enteras de cosas que saldrán en los periódicos de mañana, a menudo te comunicas con los muertos. Prótesis de un pensamiento que sigue siendo primitivo, bárbaro, salvaje.

Un enorme espejo, empotrado en una de las paredes de mi habitación, da cuenta puntual de mis movimientos. Lo he sorprendido varias veces trastocando las cosas: a veces faltan ahí dentro mínimos detalles de lo que me rodea. He terminado por acostumbrarme a sus provocaciones.

Silencio... Alguien viene... Se escuchan ruidos de pisadas.

Ha comenzado a suceder. Escucho movimientos en la casa, sobre todo en la noche. Todavía no sé si me estoy provocando un ataque de locura o si son reales. Debo estar alerta.

Pasos furtivos. Cosas que cambian de lugar como por descuido. Sonido amorfo de objetos pesados que se arrastran en la alfombra unos instantes. La muda sensación de una presencia.

Si es cierto que una simple idea, un pensamiento, pueden cambiar así sin más la química completa del cerebro, ¿lo puede hacer una percepción? ¿Son las ideas percepciones? ¿Forman parte de un sistema intrínseco y localizado —como el tacto, el gusto, el olfato— dirigido también a conocer el exterior?

Ahora sí estoy seguro: alguien más comparte la casa conmigo. Hoy descubrí un cigarrillo humeante en un cenicero del comedor. Ya había percibido un vago aroma de tabaco, pero al parecer la realidad ha comenzado a responder.

El sonido de alguien que camina y se desplaza con pisadas descalzas por la casa es evidente, también lo es el hecho de que alguien ha usado el baño y la regadera en algún momento mientras dormía. Ahora mismo escucho movimiento. Alguien que se ha adueñado de la casa.

Nunca he creído en fantasmas ni en cosa parecida. Eso se lo dejo a los que creen en Dios, en los ángeles o en vampiros. Por mi parte me doy cuenta de que nada de esto tiene sentido.

Ninguna tentación me ha ocurrido, ninguna aparición concreta, sólo vagos movimientos, rastros de una presencia que deambula por la casa. Alucinaciones acústicas o hechos reales, no lo sé. Debo de continuar en esto, no tengo otra salida. A veces quisiera largarme de aquí, cerrar la casa, subir al auto y llegar a una playa, pero sé que si lo hago todo se habrá echado a perder. Ya he ido demasiado lejos.

Algo, alguien, se desliza suavemente sobre mi cama mientras escribo en la habitación contigua.

De nuevo el cigarrillo encendido, humeante, como de alguien que acabara de marcharse, las volutas de humo girando como galaxias o nebulosas. Dudo de mi propia concreción, de mi propia presencia. Yo mismo me estoy convirtiendo en un espectro. ¿Deberé de describir el estado de la casa? Todo está cubierto de polvo. Mis comidas son cada vez más esporádicas. He perdido varios kilos, el espejo no puede ocultar mi estado. A pesar de que me la paso dormido la mayor parte del día, tengo unas ojeras evidentes. Otra vida dentro de mí se manifiesta. ¿Así sentirán las mujeres cuando están embarazadas?

En ciertos rincones de la casa la realidad ha comenzado a fallar. En el baño, por ejemplo, donde gotea continuamente la clepsidra del lavabo, apenas hace unos días una gota de agua se quedó suspendida entre el grifo y el desagüe. Me quedé mirándola durante varios minutos. Era una gota de agua simple flotando en el espacio, perfectamente esférica, como si estuviera en el vacío. Cuando intenté tocarla se deshizo en diminutas gotitas que se dispersaron por la casa como si para aquella diminuta gota de agua no existiera la gravedad.

En la penumbra me encuentro con un hombre sentado. Puedo ver el brillo de sus gafas e intuyo su mirada de asombro. Me mira fijamente o al menos eso creo. No es difícil darme cuenta de que soy yo mismo. He logrado desdoblarme. En el momento en que intento dirigirle la palabra se disipa como si su cuerpo estuviese compuesto sólo de penumbra. ¿Es materia negativa? ¿Un reflejo que se ha escapado de algún modo y ahora se manifiesta en medio de la sala? ¿Es un sueño que ha decidido tener una vida propia?

He notado que mi reflejo, a veces, al moverme, se tarda un poco antes de alcanzar mi posición. Al principio pensé que aquello era producto de la ebriedad, pero el fenómeno se ha repetido en diversas ocasiones. ¿A qué velocidad viaja un reflejo? Si me encontrara lo suficientemente lejos —digamos a varios años luz de distancia— ¿cuánto tardaría mi imagen en llegar hasta la superficie?

Puedo escuchar cosas que ocurren muy lejos en la noche. Las estrellas emiten vagos chasquidos y las presiento un poco más grandes y borrosas. La miopía debe de estar aumentando por la falta de vitaminas. La ración de azúcar todavía es suficiente y me mantiene activo. La presencia no se ha manifestado desde hace varios días. Me siento culpable, como si la hubiera corrido. Los desdoblamientos de mi reflejo también se han detenido. Estoy solo. Ahora tengo miedo de salir. Tengo miedo de abrir la puerta y de encontrarme con la gente de allá afuera.

La realidad responde. La presencia se ha hecho manifiesta. Ahora sé que es una mujer. Camina por la casa y se mueve por las habitaciones cuando no la veo. La casa huele a mujer. Unas gotas de sangre en el excusado podrían corroborar

esto, pero todavía tengo que seguir haciendo más observaciones. El proceso aún no ha terminado.

La realidad es una enfermedad que sólo se cura con el sueño.

Por fin contacto visual el día de hoy. Es una mujer joven, viste un traje oscuro y lleva puesto un antifaz. Hoy la vi al final del corredor, la vi salir del espejo de la recámara. Primero fue como si alguien hubiese arrojado una piedra en la superficie quieta de un pozo. La visión duró el tiempo suficiente como para tomarla en serio. Me quedé inmóvil, mirándola estupefacto. Ella me miraba a través de los agujeros de su antifaz blanco. Cuando decidí caminar hacia ella regresó de inmediato al espejo. Corrí hacia ella, pero no encontré nada, sólo escuché un vago sonido de pisadas desvaneciéndose a lo lejos.

Algo se ha echado a andar. Pisadas en el polvo, cosas fuera de su lugar, libros tirados en la biblioteca. El cambio es casi espectacular. La presencia es algo cierto. He preparado la cámara para capturarla. Ando por la casa como un turista, tomando fotos de las cosas que me rodean. Parecen los trastos que encontraría un arqueólogo entre ruinas apenas descubiertas.

Hoy la presencia amaneció conmigo. Me abracé a su cuerpo tibio. La sensación duró unos instantes. Tiene el pelo negro y lacio, los ojos profundos, oscuros, con las pupilas dilatadas. Me estaba sonriendo. Me volví a quedar dormido. Luego desperté y ya no había nadie.

La veo aparecer y desaparecer en el umbral del espejo. Dibuja una boca sobre su propia boca, un par de ojos oscuros sobre sus propios ojos, lentamente va trazando un nuevo

rostro sobre el suyo propio. La imagen en el espejo proyecta su metamorfosis y se convierte en una nueva mujer, radicalmente distinta de sí misma. Yo sólo la observo en silencio, temeroso de acercarme.

La descubro reclinada en el sillón, el vestido negro a sus pies como una sombra. A través de unos lentes oscuros, se mira en el espejo fascinada con su cuerpo fetichista: negras cicatrices del brasier y del ligüero, caderas redondas, tensas, apretadas, yegua en celo, salamandra. Toca sus pezones impacientes: sabe que ahí estoy pero no se da por aludida, unta crema entre sus nalgas muy despacio dejando que las uñas rojas jueguen en los labios de su sexo, aroma secreto, obsceno, penetrante: carne para el sacrificio, erizada gata sodomita. Separa las lunas llenas dejando parpadear su culo oscuro, eclipse, entre las yemas de sus dedos. Respira hondo, me aproximo, con el sexo erecto, ni siquiera mira con los ojos escondidos en el antifaz de vidrio oscuro. Voy entrando en ella, mi sexo se hunde lentamente en el durazno de su grupa, mis brazos redondean su cintura y ella permanece hincada en el sillón con los tacones erizados. Me abro paso sin prisa hasta tomar un ritmo estable entrando y saliendo, mis dedos juegan con el botón erecto mientras siento la membrana que separa la vida de la muerte. Oculta el rostro del espejo, gime, me besa, me acaricia, la música se vuelve frenética, su lengua entra y sale al compás de mis embestidas. Muerdo su cuello, perdido el rostro en sus cabellos telarañas, aprieto sus senos bajo el brasier, cada vez más en lo profundo, en las entrañas de la vida y de la muerte, adentro, más adentro, y su trasero codicioso se va abriendo más y más y su espalda brilla de sudor mientras hundo el sexo en lo hondo, en lo espeso, en lo informe y escucho el llamado de las bestias en la selva primigenia, donde los primeros seres vivos se buscaban para

amarse y devorarse, descendiendo cada vez más, un poco más, en la materia informe, lava humeante, polvo cósmico, música aleatoria del espasmo, un poco más, un poco más, tan sólo un poco, murmurando una y otra y otra vez las palabras de la noche, del deseo, de la muerte...

Se transforma en otra cuando se maquilla y se viste para las puestas en escena. A través de esta metamorfosis una mujer muy distinta emerge y cobra forma. Otra mujer se materializa, escapada del espejo, salida de su propia sombra, y adquiere peso, materialidad, consistencia. Basta con tocar sus muslos bajo las medias para darme cuenta de que algo más late y se agita ahí, muy cerca, apenas debajo de la piel. Desnuda completamente y sin embargo más allá. A la mano, disponible, dócil, oculta en su propia presencia.

Ahora entiendo: su entrega no fue más que una estratagema para mantenerse a distancia, para no dejarse poseer jamás. O acaso espera que me vaya con ella.

Han cesado las apariciones. Sólo el silencio me rodea. Las provisiones están por terminarse. Algo me dice que no volverá a salir del espejo.

Sé que volveremos a vernos. Los rituales siempre recomienzan. El deseo es como las serpientes: acecha en cada grieta y espera el momento adecuado para morder la piel y probar la sangre. Es como la magia: un estado de excepción.

He perdido demasiado peso. Me encuentro en el umbral, a la orilla del espejo. Hundo la mano y es como tocar una sustancia helada. Algo hay ahí, del otro lado: un reino de imagen pura, de apariencia inexpugnable. Ella habita el lado oculto de las cosas. Debo ir. Sé que allá me espera.

LA ESTATUA DE FUEGO

Para Andrés de Luna

Nada es verdad, todo es posible.
HASSAN SABAH



La Sociedad Gnóstica tiene el honor de invitarlo a la Conferencia "El camino del Secreto", impartida por el Maestro Daniel Morgenstern, fundador de la *Vera Ecclesia Gnostica* y Custodio del Fuego Supremo. Contamos con su presencia el día 31 de octubre a las 22:30 horas. Para mayores informes e inscripciones contactarse a la siguiente dirección electrónica: tudaena@ragnarok.com

La invitación, impresa en un costoso papel italiano y tipografía exquisita, llevaba impresa una imagen de Abraxas, la deidad tutelar del gnosticismo, y llegó a mis manos por correo certificado. No sabía qué pensar.

Hacia unos años había publicado en diversas revistas y suplementos literarios una serie de textos sobre Basíli- des, Valentín, los Evangelios Apócrifos, el *Pistis Sophia*, el *Corpus Hermeticum* y la *Biblioteca de Nag Hammadi*, a los que se añadieron breves textos sobre los contactos entre los templarios y la orden de los *Hashishini* y otros temas por el estilo.

Todos esos opúsculos fueron escritos durante un pe- ríodo muy extraño de mi vida: acababa de salir de una profunda crisis de orden personal, me había divorciado de una forma humillante, a causa de mis comprobadas adicciones y reiteradas recaídas. En la frecuentación de li- bros de esoterismo, alquimia, gnosticismo y otras lecturas de ese tipo conseguí una forma de conciliar mi profundo nihilismo existencial con mi necesidad de encontrar una religión en la que pudiera guarecerme de mi obsesión por el suicidio, el vértigo del descontrol, los excesos con el alcohol y las drogas. Sabía que a nadie le interesaban esos temas, salvo a charlatanes de toda laya: astrólogos, aficio- nados al tarot, numerólogos, adeptos a cualquier espiri- tualidad *New Age*... en suma, gente a la que despreciaba profundamente. Llegué a dudar que alguien los hubiera leído ya que sólo fueron publicados por mis amigos para ayudarme en aquellos tiempos aciagos con un poco de dinero. Tiempo después un editor de libros esotéricos me ofreció una buena cantidad de dinero por publicar una compilación de mis escritos, pero una vez recobrada lo que yo llamaba la cordura —es decir la sobriedad, la cal- ma, el control— me negué por temor a hacer el ridículo. Ahora sé que en nuestra era digital cualquier cosa que uno escriba está condenada a ser leída. La realidad suele responder, tarde o temprano, a las llamadas de auxilio, por muy ocultas y disfrazadas de erudición de las que uno pueda revestirlas. Y a veces las respuestas, cuando llegan,

no son precisamente las que esperamos, ni mucho menos llegan para salvarnos.

Esa respuesta llegó, mucho tiempo después, bajo la forma de aquella extraña invitación.

Durante algunos días me mantuve en la duda de responder hasta que finalmente me decidí. Envié un correo electrónico preguntando acerca del costo de la conferencia y del lugar donde se llevaría a cabo. La respuesta llegó de inmediato. Venía firmada por el propio Daniel Morgenstern, de quien tenía vagas referencias. A rasgos generales me escribió que yo era un invitado especial y que no tendría que desembolsar un solo centavo, pero que mi presencia era absolutamente necesaria. Pasarían a recogerme para conducirme al lugar donde se llevaría a cabo la conferencia. Era casi como una orden. No sé muy bien qué me hizo acceder a semejante invitación, acaso la morbosa curiosidad de recuperar todo aquello que me había llevado a esas lecturas y a escribir aquellos textos que me negaba a recordar. El tono era inmediato, escueto, imperativo: pasarían por mí a las nueve de la noche del día de la conferencia a mi casa.

Me asaltaron varias dudas: no me preguntaron mi domicilio, por lo que supuse, no sin cierto malestar, que lo sabían; tampoco aludieron a los textos que había escrito, pero era evidente que los conocían, de otro modo ¿para qué invitarme? También me pregunté la razón por la que se tomarían la molestia de pasar a recogerme. Finalmente reparé en la hora: si pasarían por mí a las nueve de la noche ¿a qué hora empezaría la conferencia? Traté de responderme pensando que mi dirección se encontraba en los directorios de múltiples publicaciones, además yo era una persona conocida por los libros que había publicado —un par de volúmenes de cuentos, una novela— y que quizás se trataría de una especie de cena o coctel. Llevaba un par de años aislado,

limpio de alcohol y drogas, por lo que concluí que un evento de ese tipo sería una buena forma de distraerme de una novela en la que estaba trabajando en aquel momento y en la que no podía avanzar.

El día de la conferencia llegó. A eso de las siete de la noche se dejó escuchar el llamado del teléfono. Al descolgar una voz de mujer me dijo que estuviera listo, que pasarían por mí a la hora estipulada. Dado el horario del evento decidí vestirme como dicta la etiqueta: traje oscuro, corbata, gabardina. Llovía a cántaros. Con puntualidad británica tocaron a la puerta de mi apartamento. Una mujer joven, vestida con un elegante vestido de noche, apareció en el umbral. Su cabellera oscura y lacia caía sobre sus hombros, y sus ojos, de pupilas dilatadas, me miraron unos instantes. Era como si ya me conociera. Parecía estar bajo la influencia de alguna droga. Su rostro recordaba una mujer de Modigliani y su belleza era al mismo tiempo delicada y feroz, como un maniquí que ha enloquecido al descubrir que ha encarnado en mujer. Afuera nos esperaba un Mercedes Benz negro. Nos sentamos en el asiento trasero. Un chofer uniformado conducía. En silencio, sin intercambiar una palabra, fascinado por la belleza de aquella mujer, nos internamos en el laberinto de la ciudad. El aguacero iba en aumento. Media hora después llegamos a una vieja casona ubicada en una zona muy exclusiva. Unas puertas eléctricas se abrieron. Cuando entramos al recibidor de la casa un relámpago rasgó el cielo a través de un ventanal. El estruendo me sobresaltó de inmediato. El rayo había caído muy cerca del lugar. En silencio la mujer me condujo a un recinto grande, bien acondicionado, iluminado profusamente con candelabros. Un nutrido grupo de personas fumaba, bebía, conversaba. Tardé un poco en darme cuenta de que había varios rostros que me resultaban conocidos, había políticos, escritores, incluso gente de la farándula. Algunos

de ellos me resultaban muy familiares, pero dada mi propensión a olvidar los nombres de la gente y mi largo aislamiento decidí mantenerme aparte. La mujer me trajo una copa de vino. Me di cuenta de que en las mesas sólo había botellas de licor, por lo que decidí mantenerme con la copa en la mano sin tomar de ella.

—Es un honor que nos acompañes esta noche —me dijo mi acompañante en un tono demasiado familiar, mientras alrededor se escuchaban risas y voces animadas—. Yo seré tu Daena esta noche. El maestro te espera. Quiere saludarte e intercambiar unas palabras contigo antes del evento.

Fue un buen pretexto para dejar la copa de vino en una repisa. Estaba comenzando a preocuparme. Mientras me conducía a una habitación contigua recordé que Daena, para el sufismo, era el doble angélico que se ubica entre el mundo de los vivos y el mundo de las almas y los ángeles. Mil cosas pasaron por mi mente en un instante. En una habitación iluminada por unas cuantas veladoras, se encontraba un hombre alto, de unos setenta años, vestido con un costoso traje inglés. Los estantes que cubrían las paredes estaban tapizados de una impresionante colección de libros: alcancé a atisbar una extensa versión comentada del Talmud, una espléndida edición facsimilar de *The Marriage of Heaven and Hell*, de William Blake, otra (seguramente clandestina) del misterioso *Voynich Codex*, uno de los manuscritos más misteriosos de la historia, libros de Swedenborg y Spinoza, también pude atisbar una rara colección en francés antiguo de los procesos a los cátaros, así como varios clásicos del esoterismo, de John Dee a André Billy, muchos de ellos en ediciones príncipe o muy antiguas. No me sorprendió encontrar ahí también un clásico reciente: *Omens of the millenium*, de Harold Bloom.

Morgenstern me saludó con una sonrisa amistosa y familiar.

—No sabe el gusto que me da tenerlo aquí presente —a pesar de su entusiasmo no podía ocultar su fuerte acento alemán.

Lo miré con una especie de asombro y guardé silencio.

—Conozco su trabajo. Yo mismo recomendé la publicación de sus ensayos. Tengo entendido que se negó a hacerlo.

—Sí... en realidad —intenté replicarle de la manera más educada que pude— sólo soy un aficionado. Escribí esos textos en una época muy extraña y difícil en mi vida.

—Déjeme decirle que fueron creados con la pasión y la erudición de un verdadero conocedor. Así sucede con los libros sagrados. No debe preocuparle: son ellos en realidad quienes nos buscan. Esa es la naturaleza de los libros verdaderos.

Me pregunté qué habría querido decir con aquello de "libros verdaderos". Pensé que como mucha gente religiosa o aficionada al esoterismo, para Morgenstern leer a James Joyce o a Franz Kafka era una pérdida de tiempo, pero decidí guardar silencio.

—Joyce y Kafka —me estaba leyendo el pensamiento—... estuvieron muy cerca del secreto, pero por desgracia desviaron su camino y sólo hicieron... vana literatura.

—Yo sólo soy un escritor. Me acerqué a esos textos por motivos más bien estéticos, para enriquecer mi vida.

—Exactamente —replicó Morgenstern—, esos libros completan nuestras vidas. Ésa es su función verdadera.

Decidí guardar silencio. No me gustaba que me leyeran el pensamiento ni mucho menos que un desconocido viniera a darme clases de literatura.

Sonrió y me miró a los ojos. Sentía su mirada dentro de mi mente.

—Pero beba usted, beba... El vino es fundamental para el rito que estamos por llevar a cabo.

Nuevamente pareció leerme el pensamiento. El vino comenzaba a obsesionarme.

—Dejé de beber hace mucho tiempo.

—Sí, lo sé. Usted es un hombre desesperado y solo.

En ese momento la mujer que dijo ser mi Daena se me acercó con una nueva copa de vino.

—Vamos, tome un trago —insistió Morgenstern—... no le pasará nada... está usted entre amigos... ¿o es que acaso tiene miedo?

Era evidente que me estaba retando. Si la carne es débil, la voluntad de un alcohólico lo es aún más. Con una mezcla de compulsión y nerviosismo, bebí el vino que me había dado la mujer. Lo sentí en el paladar. Era espléndido. Después de unos años de dejar la bebida sentí el mismo escozor, el mismo placer del primer trago. Una delicia. Luego la mujer me condujo de nuevo a la sala. No había reparado en la disposición del recinto. Sobre una especie de altar yacía una mujer desnuda con el pelo cubriéndole el rostro. Empotrada en la pared había una imagen de Abraxas tal y como la conocía de la iconografía antigua: un ser grotesco, ridículo, con cabeza de gallo, blandiendo una espada, protegido con un escudo y sus piernas eran dos serpientes. A la tercera copa de vino me sentí totalmente relajado, con una euforia extraña. Una suerte de alegría desesperada se apoderó de mí. Quería seguir bebiendo.

Morgenstern salió al recinto y se colocó frente al cuerpo de la mujer. En ese momento mi Daena se despojó de sus ropas y, con ella, otros hombres y mujeres comenzaron a desvestirse, de modo que más de la mitad de los asistentes quedamos vestidos y la otra mitad desnudos o semidesnudos. Mi Daena seguía sirviéndome de aquel vino al mismo tiempo delicado y poderoso. "Esto es un lupanar", recuerdo que pensé. Morgenstern vertió una jarra de vino oscuro y espeso sobre el cuerpo de la mujer en el altar y comenzó a decir una especie de sermón.

—El falso dios del origen y del destino, el demiurgo abyecto, el pequeño dios imbécil que ha creado este universo hostil del que somos extranjeros y que nos ha hecho caer en el diluvio seco, en la dispersión en el vacío, no ha podido impedir que nos reunamos hoy para venerar al dios desconocido, al ser sin nombre, al verdadero. Hoy la carne y la embriaguez nos ayudarán a comunicarnos con él y acceder a la plenitud, al Pleroma.

Mi Daena, cubierta tan sólo por un breve brasier y un liguero, bebió de su copa y me besó todavía con un poco de licor para pasármelo a mi boca. No pude evitar la excitación. Toqué su cuerpo cálido y joven. Sus senos se agitaron en mis manos.

—Es hora de despertar a nuestro ángel. Es hora de morir para acceder a la resurrección...

La voz de Morgenstern parecía alejarse en el espacio, era casi un susurro, pero resonaba en mi mente, dentro de mí, era imposible dejar de escuchar sus palabras. El vino había causado un verdadero cataclismo en mi interior. Estaba ebrio de placer. Vi la boca de la muchacha abrirse sobre mi rostro. De pronto yo también estaba completamente desnudo. A mi alrededor los otros comensales copulaban en una orgía interminable. Había tríos, parejas del mismo sexo, gemidos. Montada sobre mí, a horcajadas, la mujer me cabalgaba y aullaba de placer. Escuché insultos de rabia, golpes, expresiones de dolor y de placer mezcladas mientras Morgenstern seguía diciendo su sermón:

—Contra la naturaleza, contra el dominio de la carne, contra el dominio del cuerpo, dejen salir al alma verdadera que no conoce la culpa ni el arrepentimiento...

En ese momento mi Daena se puso a gatas y me mostró la abertura de su ano. Contra natura, contra el cuerpo, esas palabras resonaban en mi mente. La sodomice sin pensar en su dolor ni en el mío. Su cuerpo se contrajo, gimió y co-

menzó a decir una extraña oración en una lengua que desconocía. Al cabo de un tiempo que me pareció una gozosa eternidad, el orgasmo me inundó y sentí cómo mi semen se perdía en lo profundo de su cuerpo. Asqueado, me separé de mi Daena, quien todavía se agitaba ligeramente en el suelo, murmurando su extraña oración, convulsionándose. Por todo el lugar se escuchaban gritos de dolor y de placer.

Entonces la mujer desnuda a la que Morgenstern había bañado en vino comenzó incorporarse sobre el altar. Una mezcla de fascinación y espanto me invadieron cuando la vi encenderse como una antorcha. La mujer inmóvil ardía envuelta en un tenue fuego azul que parecía no quemarle la carne. Pensé en los trucos de los magos de los teatros. Sin embargo, al poco tiempo, me di cuenta de que aquella mujer realmente se estaba consumiendo en aquel fuego frío. No sé cuánto tiempo duró aquella visión. El siseo de las llamas, como serpientes vivas, la terminó de someter a su poderío. Fue entonces cuando de su boca escapó un gemido espantoso, cuya potencia tenía una cualidad física, como de un viento poderoso y abstracto que nos atraviesa y nos envuelve. No pude soportar más. En ese momento perdí la conciencia y me sumergí en la oscuridad insondable de la intoxicación alcohólica.

Desperté en mi cama. A través de la ventana vi la luz del día. Miré el reloj. Pasaban de las cuatro de la tarde. Al incorporarme sentí dolor en todo el cuerpo. Caminé hacia el espejo. Tenía el labio superior completamente hinchado. Mi pecho estaba cubierto de moretones. Había rasguños y huellas de golpes en la espalda. Había sangre seca en mis manos temblorosas. La resaca era insoportable. Un dolor agudo e indefinido, mucho más profundo que las heridas visibles, parecía recorrer cada célula de mi cuerpo. Era como

si todo mi sistema se hubiese colapsado. Vomité una gran cantidad de un líquido enrojecido. Vino o sangre, era lo mismo. Oculta en un rincón de mi ropero, como un recordatorio de mi alcoholismo y como una prueba de mi sobriedad, tenía guardada media botella de whisky, lo último que había bebido desde hacía dos años. Bebí unos tragos y tomé un par de calmantes. Fui en busca de mis ropas. Estaban intactas, la cartera en el bolsillo interior del saco, la camisa tirada en el piso y las mancuernillas en su lugar. Regresé a mi cama. Las almohadas estaban manchadas de sangre. Recordé mis épocas alcohólicas, cuando perdía la memoria de todo lo que había pasado durante mis borracheras. Poco a poco me fui sintiendo un poco mejor, anestesiado ya por el alcohol y las pastillas. En poco tiempo me bebí el resto del whisky. Vinieron a mi mente el rostro de la mujer, su cuerpo desnudo y joven, las palabras de Morgenstern y todo aquello del dios desconocido, del dios prohibido. Para tranquilizarme me convencí que eran idioteces, cosas que hacían grupos de seres ociosos y volví a quedarme dormido.

Los sueños que provoca la resaca, y esto lo sabe cualquier alcohólico, se parecen mucho a las visiones del opio. En algún momento el cerebro procesa el ácido etílico de una manera parecida a la forma en que actúa la heroína en las neuronas. A menudo, como en los casos de *delirium tremens*, se trata de sueños lúcidos, revestidos de un aura de certeza incuestionable, al grado de que al despertar uno siente que las cosas que se han visto y experimentado han sido reales.

Sabía que era un sueño. Morgenstern caminaba junto a mí por una calle muy extraña. De un lado había una serie de grandes edificios y del otro lado un océano oscuro de aguas

negras se agitaba tranquilamente y su oleaje llegaba casi hasta tocar nuestros pies. Con la certeza sin causa de los sueños, sabía que era Morgenstern, pero en realidad tenía una cabeza de gallo y sus piernas eran dos serpientes. En el sueño pensé que estaba disfrazado de Abraxas. Dentro de mí (cosa extraña en un sueño: ¿se puede hablar de un afuera y un adentro?) me burlé de él. Morgenstern me llevaba del brazo, pero en lugar de caminar se deslizaba junto a mí. Había animales, extraños seres parecidos a batracios agitándose en el agua. Aquello, pensé en el sueño, era una incongruencia, puesto que no hay batracios marinos.

—No se burle, amigo mío —me dijo Morgenstern con aquella voz tan especial que resonaba en mi interior—, es preciso que lo entienda: el mundo sólo existe por el secreto.

—Pero no hay secreto, maestro. Esa es sólo una frase desafortunada del *Zohar*. El único misterio verdadero de cualquier religión es que no hay tal.

—Ése es precisamente el Secreto: nada existe, todo es falso. Por eso decidí buscarlo. El universo entero es una farsa. Usted, yo, todo lo que nos rodea, no son sino falacias, efectos especiales de una mala película. El Demiurgo es un pésimo escenógrafo, ¿no se da cuenta? El dios desconocido sólo existe gracias a la mentira. Nada es verdad: todo está permitido.

En ese momento se detuvo para orinar bajo la luz de un farol. Yo seguí caminando, alejándome de él. Ya no quería seguir escuchándolo. Miré en dirección del mar. Se había vuelto completamente blanco. Era un líquido espeso, como crema espumosa que a lo lejos azotaba los edificios tragándoselos lentamente en su nebulosa e insaciable blancura.

Antes de que se acabara el sueño escuché el último grito de Morgenstern:

—¡Ah! Y recuerde... es preciso morir para poder seguir viviendo.

Desperté bañado en sudor. Ya era de noche. Fui al refrigerador. Abrí una lata de refresco. El líquido frío y dulce me dio asco. Fui a la regadera, me senté en el piso y me di una larga ducha de agua muy caliente y luego procedí a bañarme con agua helada. Aquellos eran los recursos que en otro tiempo me ayudaban a salir de la resaca. Dos calmantes más terminaron la tarea.

Encendí la computadora y me metí a la red. Tratando de recuperar la rutina revisé los periódicos en línea. En la nota roja de algunos diarios se daba la noticia de una serie de asesinatos ocurridos en una zona muy exclusiva de la ciudad. Cuatro mujeres y tres hombres habían muerto en circunstancias muy violentas. Ahorcados, apuñalados, a golpes. Una de ellas había sido quemada viva "a fuego lento", al parecer debido a una sustancia que se le había untado en el cuerpo y que se encontró incluso dentro de sus vísceras carbonizadas. Las fotos de los cuerpos eran terribles. No me sorprendió leer al pie mi propio nombre. "Entre las víctimas se encontraba M. M., autor de diversos libros de cuentos, un par de novelas, así como de una serie de escritos sobre literatura esotérica que, al decir de la policía, podrían estar vinculados a las muertes." Todo a mi alrededor se tornó extraño y al mismo tiempo concreto. Yo estaba muerto y sin embargo leía la noticia de mi fallecimiento y miraba la foto de mi propio cadáver ahí, en blanco y negro, totalmente chamuscado. Decidí quedarme en casa el tiempo que fuera necesario. Alguien llamó por teléfono. Me negué a contestar. Nadie dejaba mensajes en la contestadora, sólo se escuchaban vagos murmullos. Después de muchas llamadas alguien por fin dejó un mensaje. Una mujer de voz muy dulce y tenue repetía mi nombre y aseguraba que yo me encontraba ahí. No sabía si creerle. Hablaba en un tono suave y tranquilizador y me decía cosas como "no debes preocuparte, ten calma". Al tercer día escuché voces al

otro lado de la puerta de mi casa. Al mirar por el visillo vi dos siluetas. Eran mi Daena y Morgenstern. Era evidente que hablaban de mí, pero no lograba entender lo que decían. Cosas como "renacido", "quemado por el fuego frío". Morgenstern sacó su teléfono celular y marcó mi número. En la contestadora las voces de ambos me dijeron: "sólo el que duda puede dirigir a los que creen".

Pasaron los días. Nunca supe cuánto tiempo. Conjuguar el verbo morir en primera persona y en pasado es casi una aberración verbal, pero puedo afirmar que morí y que durante el tiempo que estuve muerto algo sucedió conmigo, una transformación radical que iba más allá de lo que llamamos muerte. Los cuerpos se descomponen pero la vida espiritual siempre continúa. Encerrado en mi departamento pasé por todos los estadios de la muerte. Olí mi propia descomposición, asistí a mi propia conversión en polvo y en materia muerta. Fui parte de un vasto proceso de fusión con todas las cosas y los seres, fui gusano y mosca, fui pájaro y árbol y planta y de nuevo ser humano. Estuve en dos lugares al mismo tiempo: en la tumba, pudriéndome despacio, y en mi casa llevando la vida de un fantasma, escuchando las obsesivas llamadas de los que al parecer habían muerto conmigo.

Recordé la palabra "Daena" en labios de la joven. Revisé uno de mis textos dedicados a la secta de los *Hashishini*, que habían sido, entre otras cosas, los maestros de los Templarios hacia el siglo xi de nuestra era y que fueron el modelo de los modernos grupos fundamentalistas islámicos. De la voz árabe que daba nombre a dicha secta, cuya traducción es "comedores de hashís", deriva la palabra "asesino". Odio leer lo que ya he publicado, pero esta vez fue inevitable: "el mundo se divide en tres reinos: el de la realidad concreta,

un reino intermedio y un reino absolutamente inaccesible y espiritual. La dualidad del hombre se expresa en su alma terrenal y en su pareja, la Daena o alma gemela, que habita el reino intermedio. Durante el rito de iniciación de los *Hashishini*, el escogido se ayunta con su doble angélico, su opuesto femenino, para conformar un ser único. Al morir —la muerte debía ser violenta y terrible— el iniciado volvería a reunirse con su Daena (la *Sophia* de los gnósticos y de los textos herméticos) y accedería de esta forma al mundo espiritual. En el reino intermedio, el iniciado debía de acceder a una experiencia extática para conocer a su doble angélico y despertar a la conciencia en una especie de renacimiento o reencarnación espiritual. Los renacidos eran considerados seres superiores, puesto que habían accedido a un estado privilegiado donde se manifestaba lo sagrado”.

Me arrepentí de haber escrito aquellas palabras provenientes de una época de crisis y profundo descontrol. No había manera de hacerlas desaparecer. Aquellos textos, y otros más, producto de un profundo desasosiego espiritual, se habían publicado y cualquiera podía acceder a ellos, incluso la policía. La paranoia típica de cuando se sale de una intoxicación alcohólica se apoderó de mí. Era sospechoso, no tardarían en dar con los partícipes del rito. Terminaría en una cárcel. En un acto de desesperación me deshice de mis ropas, de la botella, de la invitación, de cualquier cosa que pudiera conectarme con lo que me había sucedido. Sólo me restaba confiar en la ineptitud de la policía.

Me mantuve encerrado en mi casa. Desconecté el teléfono y sólo revisaba de cuando en cuando los periódicos para seguir el caso, pero después de un par de semanas las cosas se fueron olvidando gracias a los escándalos políticos que alimentaban las páginas centrales de los diarios. Volví a mis lecturas literarias. Me deshice, no sin cierto desasosie-

go y nostalgia, de mi colección de libros esotéricos. Todos ellos terminaron en el basurero.

Muy en el fondo sabía, o deseaba, que aquello no terminaría ahí, y así fue. Pasadas varias semanas, una noche ya muy tarde tocaron a la puerta. Al abrir de inmediato reconocí a mi Daena. Con sus pantalones de mezclilla, una blusa blanca de seda, un arete en el ombligo y unas delicadas zapatillas plateadas, me di cuenta de que era mucho más joven de lo que me había parecido la noche funesta de mi caída. Sus ojos, de pupilas siempre dilatadas, me miraban como a través de la alucinación.

—Maestro —me dijo con un respeto que nunca esperé de ella—, he venido a buscarlo...

—Mira, niña —le respondí—, no sé quién eres ni qué buscas...

—Lo único que usted puede darme —me interrumpió—: el Secreto.

Me le quedé viendo totalmente pasmado. Me parecía increíble que aquella mujer estuviera justo en el umbral de mi casa. La dejé pasar no sin ciertas reticencias. Algo, una mezcla de miedo, curiosidad y deseo, me impulsó a hacerlo. Su sola presencia en mi casa me implicaba de un modo directo con el asesinato de Morgenstern. Quizás la estuviera siguiendo la policía. Traté de tranquilizarme pensando que de cualquier forma la policía ya me habría aprehendido de tener alguna prueba de mi presencia ahí. Además, según los diarios, yo ya había muerto. Cuando esos casos tardan en resolverse por lo general se archivan y desaparecen de la opinión pública. Después de todo había muerto un extranjero, un escritor casi desconocido, y gente dedicada a la prostitución.

Nos sentamos en la sala. Miré con incomodidad a aquella muchacha. La imagen de su cuerpo a gatas ofreciéndose a mi vista brilló por un momento como un relámpago

en mi memoria. Su presencia me inquietaba. En realidad parecía más una estudiante que una puta. Recordé a las hieródulas o prostitutas sagradas,preciadas tanto por su sabiduría como por su hermosura y su conocimiento de las artes carnales.

—Traigo un mensaje para ti. Es del maestro Morgenstern.

—Pero si Morgenstern está muerto.

—Es cierto —replicó con tristeza—. Se negó a renacer. Equivocó el camino o su trabajo aquí ha concluido, quién puede saberlo.

—¿Y cuál es ese mensaje?

Pensé en algo que podía inculparme aún más, como una carta, alguna nota escrita.

—No, no es un mensaje escrito —no me sorprendió que me leyera el pensamiento—. Lo tengo que decir de viva voz.

La miré como esperando a que me diera el mensaje. Ella me miró a su vez como dudando.

—¿Y...? ¿Tenemos que esperar a que empiece la orgía para que me lo digas? —dije con sarcasmo—. ¿O antes de empezar hay que esperar a que alguien muera?

—No, no es eso... tengo que prepararme.

Sacó una botella de vino y unas velas de su bolso, y luego de encenderlas me pidió que apagara la luz.

—¿Podría usar el baño?

—Por supuesto —le respondí señalándole una puerta.

Se tardó un buen rato ahí adentro. Supuse que se sentía enferma o que se estaría drogando. Hurgué en su saco. Di con una cartera y con su licencia de conducir. Las tarjetas de crédito repetían un nombre común y corriente. Descorché la botella y bebí algunos tragos. Al cabo de un tiempo salió del baño completamente desnuda, con el cuerpo cubierto de una sustancia brillante de color rojizo. Era como una malla de crema. Sólo las manos y los pies no estaban untados de aquel unguento. Me recordó una estatuilla egipcia.

Se había maquillado como la primera vez, con fuertes trazos que acentuaban la negrura de sus ojos. Era una mujer realmente impresionante. Su pelo negro y lacio caía sobre sus hombros y emitía vagos destellos eléctricos. Incluso su voz había cambiado. Era mucho más profunda, como si se hubiera transformado en otra. Por fortuna todavía no había hecho sus efectos el vino y traté de no mostrarme impresionado, si bien aquella presencia me resultaba incómoda y extraña. Se detuvo en medio de mi sala, inmóvil, como una estatua. El fuego azul, muy tenue, como el que había visto el día de la ceremonia, comenzó a envolverla. Estaba en trance. Su mirada era oscura, medusante. Me quedé petrificado. Dijo para mí una especie de oración:

—La chispa se ha encendido. Nuestros lazos no pueden romperse. Soy tu Daena, tu doble. Soy el principio y el fin. Soy la venerada y la escarnecida. Soy la puta y la santa. Soy la esposa y la virgen. Soy la madre y la hija. Soy tu madre y tú eres mi padre, soy tu hermana y tú eres mi esposo. Soy la estéril y muchos son mis hijos. Soy la vida y me llaman muerte. Soy lo único que existe y no hay nadie que pueda juzgarme. Soy el silencio que es incomprensible. Soy el nombre del sonido y el sonido del nombre. Soy la pronunciación de mi nombre. Y porque muchas son las formas que se ocultan en los pecados y en las incontinencias y en las pasiones desgraciadas y en los placeres fugaces que has abrazado, hallarás la conciencia por medio de esta vía y así accederás al lugar del descanso. Y ahí volverás a encontrarme y ahí vivirás conmigo y no morirás de nuevo...

En cuanto terminó de decir estas palabras se quedó inmóvil, envuelta en aquel fuego azul que no emitía calor y que no le quemaba la piel. En ese momento, en la penumbra, presentí que a mi alrededor se encontraban otras presencias inmóviles, atestiguando aquel ritual extraño. Después de unos segundos de mirarme con una intensidad in-

soportable, cayó al piso. Alarmado verifiqué que estuviera viva. No había rastro del fuego frío. Respiraba plácidamente, sumergida en un sueño profundo. La cargué y la llevé hasta mi cama. La cubrí con una manta y la dejé ahí. Acaso debía llamar a la policía, pero me contuve. Si algo le pasaba diría que es una prostituta y que se había drogado con algo.

Pensé en las palabras que me había dicho. De pronto las reconocí. Eran parte de "Relámpago, mente perfecta", uno de los fragmentos más enigmáticos de los textos de la *Biblioteca de Nag Hammadi*. Al parecer era una oración que rezaba la sacerdotisa en un ritual gnóstico en Alejandría hacia el siglo II de nuestra era y del que se ignoraban los pormenores de su origen.

Me recosté en la cama junto a ella, dormitando. Al cabo de muchas horas, salió del sueño. Al incorporarse me miró con un dejo de espanto.

—¿Recibiste el mensaje? ¿Lo hice bien?

—Sí, muy bien. Mensaje recibido.

—Ahora ya eres el maestro de la *Ecclesia Gnostica*.

Se vistió a toda prisa y después de consultar la hora, me dijo:

—Vamos. Los discípulos esperan...

Salí con ella. El crepúsculo en llamas alumbraba la ciudad como una inmensa antorcha. El universo era una caverna. Los primeros astros brillaban en lo alto como joyas engastadas en el cielo de piedra. Un auto nos esperaba. Nunca más volví a mi casa...

Mi resurrección había tenido lugar.

TELARAÑA

Me despertó el sonido de un auto derrapando, seguido de un fuerte golpe. Miré el reloj. Eran pasadas las dos de la mañana. La luz arenosa de la luna entraba por la ventana. Sumergida en un sueño profundo, mi mujer murmuró unas cuantas palabras incomprensibles, abrió los ojos, se incorporó y se me quedó viendo como si fuera otra persona. Suspiró, miró a su alrededor, volvió a quedarse dormida. Ya estaba acostumbrado a esos brotes de sonambulismo. Yo también regresé al sueño. No sé cuanto tiempo transcurrió hasta que sonó el teléfono, como siempre a esas horas parecido a un gemido siniestro. Adriana se incorporó y contestó. Escuché a lo lejos su voz, como salida de un túnel lejano. Luego de decir algo como "No es posible", "Sí, aquí está", "Deje ya de molestar", colgó con violencia. Percibí con los ojos entrecerrados su silueta desnuda en el umbral.

—Quién era.

—No sé, un imbécil que dice que acabas de estrellarte a unas cuadras de aquí.

—Un borracho.

—Seguro —respondió—. Vamos a dormir, estoy muerta de sueño.

Me arrebujé bajo el edredón y le di la espalda.

Sentí su cuerpo ligeramente más frío de lo normal pegándose al mío, buscando un poco de calor. Uno de sus brazos se aferró a mi hombro. En unos segundos volvimos a sumergirnos en el sueño. Hacía unos meses, a nuestro re-

greso de un largo viaje, que mi mujer y yo habíamos dejado de hacer el amor. Llevábamos una extraña vida de hermanos. Al otro día, mientras tomábamos el primer café, Adriana me citó en un restaurante para cenar.

—Necesito hablar contigo. Es importante.

El día transcurrió normalmente. En la oficina me esperaban montones de manuscritos que debía dictaminar. Había una novela titulada *Telaraña* de la que no tenía la más mínima idea qué opinar acerca de ella. Era una historia muy simple en apariencia: el personaje moría en las primeras páginas aquejado de una rara enfermedad. En el segundo capítulo volvía a aparecer y continuaba con sus actividades normales. No era un *flashback*, ni una digresión, el personaje seguía vivo después de muerto, así de simple. Su vida era tediosa y aburrida. La prosa del segundo capítulo era pesada y torpe, a diferencia del primer capítulo, pleno de dramatismo y acción. A la mitad de la novela el personaje volvía a morir, esta vez asesinado por su mujer sin ningún motivo aparente. Luego reaparecía y continuaba viviendo. La trama era absurda pero parecía funcionar de una manera muy extraña pese a sus incongruencias —o quizás deba decir que gracias a ellas—. Al atardecer resolví rechazarla, así que redacté un dictamen lleno de veneno. En cuanto dejé la editorial me arrepentí pero ya era demasiado tarde. La cita con Adriana me tenía un tanto ansioso.

Cenamos en un restaurante muy discreto. Cuando llegaron los postres Adriana me miró a los ojos y me dijo:

—Estoy preocupada por nosotros.

Yo la miré aparentando sorpresa. Ya sabía lo que vendría.

—Hace ya cinco meses que no hacemos el amor.

Escuchar aquello en pleno restaurante, bajo la mirada vigilante del mesero, me ponía demasiado incómodo.

—No creo que sea momento de hablar de esto.

—Pero yo quiero hablar de eso ahora, ¿no entiendes que estamos a punto de irnos a la mierda? —exclamó levantando la voz.

—No es tan grave...

Me miró con tristeza.

Los ojos se le llenaron de lágrimas hasta que no pudo contener el llanto.

—...llévame a la casa y déjame ahí. Quiero estar sola un rato, por favor...

Mientras manejaba por la avenida, rumbo a la casa, Adriana me señaló algo.

—Mira nada más a esos...

En un cajero automático había una pareja haciendo el amor. Estaban de pie, ella recargada sobre el tablero, la cabeza inclinada hacia la pantalla, con la falda subida y el calzón negro envolviéndole el tobillo. Él la penetraba con movimientos felinos, lentos y cautelosos.

—Esos sí que se la están pasando bien —me dijo en un tono de reclamo evidente.

No hablamos hasta que llegamos a la puerta de la casa. Después de dejarla me dirigí a un bar donde sabía que me encontraría con mis amigos. Ordené un whisky doble, hablamos de fútbol, de libros, de mujeres. En ese momento me di cuenta de que necesitaba distraerme. Estuve en el bar hasta pasada la medianoche.

Encontré a Adriana dormida. Un ligero aroma a sexo, muy ligero, impregnaba la habitación. Adriana dormía con la ropa interior que usábamos para hacer el amor en otro tiempo: unos pantaloncitos de encaje que tenían una abertura en medio y un brasier negro. La *crème de nuit* reposaba en el buró, junto al reloj. No era difícil imaginarse lo que había pasado.

Una hora después abrí los ojos. La sed estaba haciendo de las suyas, me dirigí a la cocina y me bebí un par de vasos

de agua helada. El calor era insoportable. En ese momento, pasadas las dos de la mañana, sonó el teléfono. Descolgué de inmediato tratando de no despertar a mi mujer.

—¿Ahí vive el señor Alejandro Téllez?

—Sí, soy yo.

A la voz del otro lado de la línea pareció no importarle lo que estaba diciendo.

—Lamento comunicarle que tuvo un accidente.

—No diga tonterías. Aquí estoy. Deje ya de molestar.

Colgué. Me bebí otro vaso de agua, el teléfono volvió a sonar. Descolgué con furia.

—¿Es suyo un Volvo gris con placas 411 MMC?

—Sí...

—Pues su auto está chocado entre la calle X e Y.

—No me diga.

Me asomé por la ventana, busqué mi auto. No estaba.

—Voy para allá.

Me vestí en silencio y salí sin hacer ruido.

La calle en cuestión no estaba lejos, a unas cuantas cuadras de mi casa. A esas horas los mendigos y las prostitutas deambulaban por la zona. No tardé en encontrarme con las luces de las patrullas. Mi auto se había incrustado en un árbol añoso y seco. A juzgar por el estado del auto sería difícil que alguien pudiera haber sobrevivido al accidente. En el asiento del conductor había un hombre que tenía el rostro inclinado sobre el tablero y el volante clavado en el tórax.

—Al parecer las bolsas de aire no le funcionaron...

—dijo uno de los policías que escrutaban la escena.

—¿Está muerto?

Uno de los oficiales se acercó al conductor, lo movió hacia atrás, con cuidado recargándolo contra el asiento. Tenía el rostro desfigurado y estaba cubierto de sangre. Sentí un mareo muy fuerte, me incliné para vomitar y después de que mi cuerpo cayera sobre el pavimento, me desvanecí.

Desperté en la madrugada junto al cuerpo de Adriana. Me incorporé y miré a mi alrededor. Estaba en mi cama. Después de levantarme abrí la ventana y vi mi auto estacionado en la calle, intacto, como siempre. Otra pesadilla, pensé, y volví a dormirme.

Al otro día por la mañana le conté mi sueño a Adriana. Ella también recordaba algo.

—Oí el ruido de un choque muy cerca de aquí. También te sentí llegar y luego el teléfono también me despertó, pero estaba muy cansada y te dejé contestar. Incluso me pareció que saliste de la casa.

—Pues desperté aquí hoy por la mañana.

Nos encogimos de hombros y decidimos no darle importancia al asunto, confiados en que la tensión de la conversación durante la cena nos hubiese jugado una mala pasada mientras dormíamos.

—Anoche pensé en algo —me dijo—: ¿por qué no lo intentamos en otro lado? A lo mejor si nos vemos en un hotel podemos jugar un poco y solucionar las cosas.

—No sé...

—Mira, aquí muy cerca hay un hotelito al que siempre he querido ir. Voy a hacer reservaciones para esta noche y nos vemos ahí.

—Bueno, me parece muy bien...

—Vamos a jugar a que no nos conocemos y que nos encontramos en ese lugar. Dos desconocidos. Yo me encargo de todo.

Debo de confesar que la idea me pareció más bien ingenua, pero la dejé hacer. No quería más problemas.

—Nos vemos en la noche.

—Ahí te espero. Voy a reservar a tu nombre.

Sin embargo, ese día las cosas se complicaron en mi oficina y salí hasta muy tarde. *Telaraña*, la novela sobre la que había vertido toda mi hiel, había obtenido un elogioso

dictamen por los otros lectores de la editorial y tuve que defenderme pese a que no estaba muy seguro de mi opinión. Finalmente cedí. La novela se publicaría y habría una campaña muy fuerte de difusión. Me sentí ridículo. Sólo deseaba irme a casa, darme un baño y cambiarme de ropa antes de llegar con Adriana. A toda velocidad, rápido como las obsesiones, tomé la avenida que conducía a mi domicilio. Sonó el celular. Era ella.

—Ya llevo horas esperándolo, señor —me dijo juguetonamente y colgó.

Como por instinto miré hacia el cajero automático donde habíamos visto a la pareja del día anterior. Ahí estaban de nuevo. Un hombre montando a una mujer bajo la luz blanquecina. De pronto percibí, por el rabillo del ojo, una enorme masa oscura acercándose a toda velocidad hacia mi auto. Sentí el golpe, escuché el doloroso chillido de los neumáticos derrapando sobre el pavimento, y luego vi, como si estuviera en una película, cómo me estrellaba contra un árbol. La última imagen que percibí fue una telaraña de cristal formándose lentamente en el parabrisas después de golpear contra mi cabeza.

Al cabo de un tiempo que me pareció enorme abrí los ojos. Un vago dolor recorría todo mi cuerpo, pero no tardó en desvanecerse por completo ni bien estuve plenamente despierto. Estaba en la habitación de nuestra casa y Adriana dormía profundamente. Al incorporarme para ir a tomar un vaso de agua, escuché que decía entre sueños:

—Así... así... más...

Vino un gemido incontrolable, después todo su cuerpo se contrajo en un espasmo. Vi sus pezones fantasmales sobresaliendo de la tela del camisón, los dedos de sus manos crispados y temblorosos. Estaba teniendo un orgasmo ahí, dormida, frente a mí. La imagen me excitó violentamente, pero no me atreví a despertarla. Nunca la había deseado

más que en aquel momento: así, dormida, sumergida en sus propias fantasías y deseos.

Mientras bebía un vaso de agua helada en la cocina, escuché de nuevo las llantas derrapando y el ruido de un golpe lejano. Ya sabía lo que vendría. Calculé que en unos minutos alguien llamaría, pero no lo hicieron. Afuera no estaba mi auto. Encendí un cigarrillo y esperé un rato, luego me vestí y salí a la calle. Caminé hasta el lugar donde había visto mi auto la noche anterior. Mientras recorría la avenida, escuché la voz de una prostituta que me decía:

—¿No quieres venir, papacito? Hago lo que quieras... quinientos... tú dices —vino un silencio y luego levantó la voz—... ¡por lo menos mírame y dime si no los valgo, hijo de la chingada!

Seguí caminando sin voltear a verla. Las prostitutas siempre me provocaron una mezcla de atracción y repulsión. En la esquina vi mi propio auto aplastado contra un árbol. El radiador humeaba. Era como si una mano gigantesca lo hubiese tomado entre sus dedos arrugándolo como un papel y lo hubiera arrojado ahí. Tomé el teléfono celular y llamé a emergencias.

—Quiero reportar un accidente...

Esta vez no había duda de que era mi vehículo y de que era yo mismo el que yacía muerto en el asiento del conductor. No me pareció extraño ni absurdo verme ahí, de nuevo, con el rostro pegado al parabrisas y el volante hundido en las entrañas. La sangre escurría de mi boca. Nadie podía haber sobrevivido a un accidente así. Escuché el lejano sonido de las sirenas aproximándose.

Caminé de regreso a casa. No quería meterme en problemas. Esta vez, ocultándome entre las sombras de los árboles e intuyendo que no podía verme, miré a la prostituta. Llevaba un atuendo que no tardé en reconocer. Sólo vestía ropa interior bajo el abrigo que le había regalado a mi mu-

jer en su cumpleaños. Llevaba los mismos pantaloncitos de encaje y el brasier negro. Las medias le llegaban hasta la mitad de los muslos. Cuando finalmente me aproximé a unos pasos, la reconocí. Tenía la mirada enloquecida de los sonámbulos.

—Ándale, papacito. Te lo dejo barato: quinientos el completo.

Accedí de inmediato. No sabía si era un juego, si me había seguido o si aquello era un sueño. Qué más daba. Me condujo a un cajero automático. Entramos al pequeño recinto iluminado por una luz casi histérica. Se inclinó contra el tablero y me dijo:

—Cógeme aquí.

El tono de sus palabras provocó en mí una excitación instantánea. Al cabo de unos segundos, me hizo penetrarla. Una contracción y un golpe de su grupa bastaron para que mi sexo entrara sin dificultad.

—Dame el dinero, susurró mientras se volteaba para besarme.

Saqué los quinientos pesos del bolsillo de mi saco y se los puse en la mano. Arrugaba los billetes con placer.

—Métemela más adentro, más... así... hasta el fondo...

No sé cuánto tiempo estuvimos en el cajero automático, bajo aquella luz insistente, mientras nos filmaba la cámara de seguridad y pasaban esporádicos automóviles por la avenida muerta. Hicimos el amor de una manera violenta y estilizada, como cuando lo hacía con mi mujer antes de volver de nuestro viaje. Al cabo de un rato, exhaustos, rasguñados y adoloridos, el sueño nos fue venciendo recostados en el duro piso de mosaico.

No me pareció extraño despertar en el hospital. Los rasguños seguían ahí. También los golpes. Una voz lejana, como salida del fondo del mar, terminó de despertarme, aunque me negaba a abrir los ojos por completo. El olor del

formol y la voz de Adriana parecían formar parte de una sola sensación. Sentí su mano fría en mi rostro febril. Escuché la voz del médico: no hay nada más que hacer. Intenté recordar qué me había pasado, pero no logré encontrar en mi memoria más que imágenes dispersas: el auto a toda velocidad por la avenida muerta, la sensación de que la máquina no respondía, el sonido de las llantas aullando como un animal herido sobre el pavimento, un árbol extendiendo sus ramas hacia mí, el golpe seco, mi rostro contra el parabrisas y una telaraña de cristal formándose alrededor de mi cabeza. Dejé que el sueño nuevamente me venciera...

Sabía que despertaría de nuevo en otra parte.

ÍNDICE

Déjà vu	11
La bruja y el alquimista	19
La máscara del dios vampiro	33
La noche de la Coatlicue	43
Bitácora póstuma de Daniel Macías	53
Cuarteto	71
Planta de sombra	85
La estatua de fuego	95
Telaraña	113

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

RECTOR
José Narro Robles

COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL
Sealtiel Alatríste

DIRECTORA DE LITERATURA
Rosa Beltrán

UNIDAD EDITORIAL
V́ctor Cabrera
Ana Cecilia Lazcano

Telaraña, Textos de Difusión Cultural, Serie Rayuela (nueva época) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir en noviembre de 2008 con un tiraje de 1 000 ejemplares sobre papel cultural de 75 gramos en Ediciones de Buena Tinta, S.A. de C.V. La composición tipográfica es ITC Veljovic Book de 11/13 y 10/11 puntos. Corrección de pruebas: Francisco García. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Víctor Cabrera y del autor.